

CLAUDIO HERNÁNDEZ

PETER SOLO TENÍA OCHO AÑOS



CRÍMENES EN
VERANO

Crímenes en verano

Claudio Hernández

Primera edición eBook: octubre, 2018.

Título: Crímenes en verano

© 2018 Claudio Hernández

© 2018 Higinia María

© 2018 Diseño de cubierta: Higinia María

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico una vez más, a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Incluso a mí me da miedo... También se lo dedico a mi familia y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno...

Crímenes en verano

1

La cabeza tenía los ojos abiertos, pero no estaba allí. En el lugar donde ocurrió todo. Sino, al otro lado del bosque de Boad Hill. Corría el año 1983 y el calor devoraba el aire denso y pegajoso. Aquella mañana del 3 de agosto, el sol no se percibía en aquellos ojos vidriosos. A pesar de que los dedos del sol irrumpían por entre las ramas de los árboles; Fresnos, aquellos ojos no podían parpadear ni una sola vez.

Peter Bray que solo contaba con ocho años de edad, estaba en la zona de la vía del tren. En el otro extremo del bosque y más allá del lago Lake Hill. Sus ojos estaban absortos en una mano purpúrea que asomaba entre los matorrales y las hojas secas. El dedo corazón estaba recto, mientras los demás dedos estaban curvados. Parecía que después de la muerte, aquella mano lo estaba mandando a tomar por el culo.

Con la inocencia de un niño en su mente y algo más, Peter se agachó lenta y oficiosamente hasta tener más de cerca aquella mano. La suya se extendió en el aire brillante por los rayos del sol que no tenían que atravesar las jodidas ramas de los árboles. Era un trozo de vía que estaba al descubierto incluso de los somorgujos. Y en el fondo había un puente que resplandecía como un diamante.

Con cada latido susurrando en sus sienas, los dedos de Peter rozaron aquella áspera piel hedionda de la parte del dorso de esa mano y fue entonces cuando descubrió algo que habitaba dentro de él.

Vio un inmenso túnel oscuro, sintió vértigos y finalmente empezó a ver una imagen de la cara de un hombre con barba rala. Aquellos ojos tan oscuros

y con la mirada más lunática que había observado nunca, se le quedaron grabados como fuego en su memoria.

En una de las manos, la derecha, tenía una sierra oxidada.

El resto de las partes de aquella niña de seis años, estaban esparcidos y ocultos en un área de un kilómetro de aquel espeso bosque.

Y Peter Bray había visto la cara del asesino.

Retiró la mano con premura y su corazón martilleó su pecho. Un lacerante dolor le recorrió desde el cuello hasta la cabeza, quedándose ridículamente quebrantado en la mandíbula por una extraña mueca.

Su madre lo sabía. Su padre también. Él no.

Era «El brillo».

2

Fisgonearon cada rincón del jodido bosque. Hubo una intensa búsqueda y arrancaron todos los matojos para descubrir casi en cada una de ellas, un pedazo de aquella pobre desgraciada. Las luces de aquella feria; los coches, patrulla, que eran dos, se reflejaban en las hojas verdes y otras, rojas. Sus rostros enjutos, eran toda una pantalla de alumbramiento.

Y Peter Bray estaba allí también.

Después de caminar unos dos kilómetros a pie y regresar con el culo aplastado en el asiento de atrás de uno de aquellos ruidosos coches, le resultaba cuando menos divertido; parecían coches de feria de tanto que botaban.

Entonces en Boad Hill la ley se llamaba Aston Halloran, bueno, todo hay que decirlo; lo de Aston era un apodo por estar hablando todo el día de esa fábrica de coches. Y no, no construían Plymouth. Su nombre real era Robert. A menudo, se enfadaba cuando su esposa por aquel entonces le llamaba por su nombre de pila, hasta que le puso los cuernos un año más tarde

con un forastero llamado Dick; a secas. Veinte años menor que ella.

Entonces Aston la llamó puta.

Pero ahora estaba con los brazos en jarra observando el paraje y como los dedos del sol jugaban entre las ramas, sesgándolo todo y creando un ambiente discotequero, dado que las ramas se movían por un jodido viento que se había levantado como la tapadera de la cafetera. De golpe. Y las líneas bronceínas dibujaban tiras en el suelo que ya estaba lleno de marcadores de un maldito color amarillo. Eso sí, con numeritos.

Quedaban muy chulos.

Sobre todo las bolsas de plástico que tenía que recoger David, el chico de la ambulancia que no paraba de berrear como una condenada. Aquel maldito tipo, esmirriado, se había olvidado de quitar la alarma.

Aston con unos destellos impresionantes en los cristales de sus gafas marrones, al menos lo parecían, movió la lengua dentro de su boca y haciendo esfuerzo con la garganta, fabricó y soltó un lapo del tamaño de un sapo. Verde y gelatinoso. Después sus oscuros ojos buscaban el rostro pálido de ese tal David y fruncía el ceño, cuando la cara de ese desgraciado se arrugaba como una pasa en una extraña mueca.

El dedo de Aston rollizo, estaba señalando a la jodida ambulancia.

Todo era una mierda.

Ya que nunca había sucedido nada extraordinario en aquel pueblo fantasma, que fue ganando aceptación por otro pueblo cercano, en la que sucedían cosas muy raras. Pero eso era allí; un tal Castle Pock o algo así.

Aston no tenía bigote ni barba rala. El muy estúpido estaba bien afeitado cada mañana, era casi obeso, bueno dejémoslo en algo grande y sus ojos eran castaño oscuro. A veces parecía que uno veía los ojos de un amargado a punto de suicidarse, de lo profundo y oscuros que eran. Tenía una estatura de casi un metro ochenta y no tenía panza. Eso estaba bien. Todavía podía elevar sus rollizas piernas sin que se rajase el culo del pantalón.

Estaba rodeado de ineptos. Como todos, decía él. Un tal Arnie, Jack y Andrew. Sus madres no se rompieron mucho los cuernos con sus nombres. Los

apellidos; allí todos se llamaban Hill. Era una sana costumbre como tirarse un pedo largo y con el sonido de una motosierra.

La verdad es que Boad Hill desde ese día no estaba para tonterías; nadie conocía bien a Peter Bray, pero sí a su padre John Bray. Un hombre conocido por su buen saber estar y sus largos paseos por el bosque y como no, por las casas que había construido con sus callosas manos.

Todavía no se había caído ninguna.

Fue el único asesinato en todo el verano en Boad Hill. No así en los alrededores. Es decir, los pueblos más cercanos. Sin duda había un asesino en serie o peor aún; un psicópata. Un perturbado. Un desquiciado. O una.

¿Quién coño lo sabía?

El pequeño Peter Bray.

Pero aquella mañana no dijo una sola palabra.

Ni a su mismo padre.

Su madre, apodada Mammi y del que todos habían olvidado ya su nombre real, tampoco lo supo con certeza.

¿He dicho con certeza?

Aquella mano. Aquel rostro en su mente. Esa oscuridad penetrante. Esos vagos recuerdos ahora. Y el terror de haberle visto la cara.

El sol dibujó extrañas formas en su rostro y sus poros empezaron a soltar sudor.

Todavía dentro del coche patrulla, sus ojos alcanzaron a ver algo.

Parecían tripas.

Solo habló al atardecer. Y fue con el sheriff Aston. Fue una

conversación directa. Sincera. Eso había sucedido después de que lo llevaran a casa con sus padres, dieran una breve explicación y lo devolvieran de nuevo a la escena del crimen. Esa mañana había viajado dos veces y sus piernas estaban aliviadas. No así su consciencia. Aunque a esa edad poco se pensaba sobre el asunto. Cualquiera.

En ese atardecer todos los restos de un cuerpo estaban metidos en bolsas transparentes. Una mano purpúrea, un dedo índice, un pie mordisqueado por los animales salvajes del bosque. Sabían qué se trataba de una niña por sus genitales, no así todavía por sus pechos. Pero en la piel pálida aparecieron unas manchas oscuras. Como marrones. No muy oscuras. A medio camino entre el rojo y el marrón. Sin duda eran pecas y estaban en la mayor parte en el tronco. En la espalda.

No cabía duda.

Se trataría de una niña pelirroja. Solo las pelirrojas podían tener tantas pecas. Peter había visto la cara del asesino a través de los ojos de ella. Había visto como la sangre le nublabla la vista y todo empezaba a dar vueltas.

La risa espantosa de aquel perturbado.

Sin embargo, no vio a la niña de frente.

La cabeza no apareció en el lugar. Ni en los alrededores en donde buscaron erroneamente. Ni en los pueblos vecinos que todo hay que decirlo; no buscaron. La cabeza sencillamente no estaba. Bueno, era mejor decir, que no la encontraron, aunque aquellos ojos seguían abiertos y una fila de hormigas ya estaba trabajando en sus cuencas dilatadas. Pero estaba en un lugar que parecía demasiado seguro. Aquellas retinas dejaron de recibir los rayos del sol de forma directa. Ahora contemplaban las sombras proyectadas por las ramas de los árboles.

—Dime Peter, ¿estabas tú solo aquí cuando encontraste toda esta carnicería? —Aston lo estaba mirando con semblante serio, sin embargo, su rictus parecía querer dibujar una leve sonrisa. Aquello era una manía de él. Torcer los labios hacia un lado. Su rechoncha cabeza estaba sudorosa.

—Estaba yo solo —se apresuró a responder el pequeño. Su voz había sonado como la de un pito. Sus ojos se habían desencajado momentáneamente

y añadió—. Para una vez que estoy solo me encuentro con esto.

Aston meneó la cabeza y por la forma en que lo hizo parecía que le pesara bastante. Como un péndulo oscilando sin parar.

—Si ya sé que siempre vas con ese chico... —Aston bizqueó los ojos porque no recordaba el nombre—. ¡Ah! Ya lo tengo. Denny.

—Pero somos una pandilla —informó Peter—. Lo que sucede es que me llevo mejor con Denny que con el resto. —Peter empezó a rascar con la uña del dedo índice el picaporte de la portezuela del coche patrulla del sheriff.

—¡Ah! Eso suena bien —dijo Aston con voz rasposa. Cualquiera diría que dudara del pequeño Peter.

—Venga ya, señor sheriff. Usted conoce todas las pandillas del pueblo.

Aston asintió con la cabeza. Esta vez con un afloro de una sonrisa.

—Sí, pequeño. Hay una de ellas que me tiene un poco intrigado. —Aston quería decir, que era una pandilla problemática que a menudo visitaban su cuartel general compuesto por una sala y un despacho.

Peter abrió más los ojos.

—¡Ya sé quiénes son! —exclamó al tiempo que hacia aspavientos—. El chulo de Chris se mete con todas las chicas de la escuela.

—Sí. Me consta —dijo Aston sentado de forma incomoda en la parte de atrás del vehículo, al lado de Peter. Se removió como una tripa cuando se prepara para expulsar sus gases y dejó escapar un ruido seco por su garganta seca.

Su ayudante le estaba mirando de reojo a través de la ventanilla. Desde fuera. Con los brazos en jarra. Era Arnie. Llevaba unas gafas de culo de botella. Estaba cegato perdido. Era una expresión de ciego.

—¿Quiere hacerme más preguntas? ¿Si soy el asesino?

Aston escupió una carcajada. Sus ojos brillaron momentáneamente.

—No creo que ni que puedas matar a una cucaracha.

—Sí. Si puedo. Solo tengo que pisarla.

—Esto es diferente chico. Esto se desvía de la cordura.

—¿Significa eso que matar cucarachas está bien visto?

Aston se echó a reír de nuevo. Le impresionaba la alegría que desprendía aquel pequeño Peter, en una situación traumática. Era como si hubiera visto recoger caracoles. Y pensó en cómo demonios podía lograr eso.

—Sí son jodidas de pillar sí —rió Aston.

—¿Pero esto es malo verdad? —Parecía como si Peter tratase de mostrar el lado más ignorante de un crío de menor edad.

—Tú sabes que sí. ¿Cuántos años tienes? ¿Diez, once quizá?

—Tengo ocho.

Aston le mesó el cabello de forma enérgica.

Hubo un silencio mágico después de esto. Algo así como cuando uno se sienta a descansar de un día intenso de trabajo. Dejar fluir el aire por sus pulmones y siente un zumbido en sus oídos, que te hace pensar en cosas ridículas hasta que tu cabeza se cae literalmente hacia un lado.

—Valiente chico —dijo al fin el sheriff. Tenía muchas más preguntas que hacerle, pero le inquietaba especialmente una—. Dicen por ahí que tienes un don. ¿De qué se trata?

Peter Bray se encogió de hombros. Había sido su primera experiencia seria.

Su mamá sin embargo le había dicho repetidas veces que tenía el «Brillo». Sin embargo, nunca terminaba de entender eso y por lo tanto no sabía que lo tenía. Su padre John la miraba de reojo y movía los labios como dos gusanos retorcidos. Había aguantado toda la historia de uno de sus tíos que era capaz de ver dentro de la mente. Era algo así como un proyector funcionando dentro de su cabeza. Decía que lo utilizaba para descubrir infidelidades. Él estaba en Minnesota. Demasiado lejos. Se llamaba como él; un tal John a secas.

—Yo no tengo ningún don señor sheriff. Solo puedo decirle que se me da muy bien escribir cuentos. Al resto de mi pandilla les encantan. ¿Será eso un don?

Aston sonrió de nuevo.

Había cometido una estupidez.

—Sí —contestó y empezó a salir del vehículo arrastrándose por el asiento y quejándose todo el rato. Una vez fuera añadió—. Nos vamos a casa, chico.

Peter levantó el pulgar.

No hablaron de la cabeza de la niña.

Eso era un tema delicado.

Demasiado.

4

Esa jodida cabeza debía aparecer si querían saber de quien se trataba, pero no hizo falta encontrarla, para que unos padres alarmados denunciaran la desaparición de su hija Carietta. Ahora esa cabeza que pernoctaba bajo la mezquina luz de la luna tenía una posible identificación. Todo debería estar relacionado. Carietta había desaparecido y mientras no regresara a casa, aquellos pedazos de carne y hueso, pertenecían a esa niña. Y la cabeza no hallada todavía, sería la rolliza cara de Carietta.

Sin embargo, Aston se aseguró de no decir nada al respecto.

Peter Bray, después de la cena, había hablado algo con papá. Mamá estaba ocupada fregando los platos, aunque la conversación no era ajena a sus oídos. Casi como un susurro, pero lo entendía todo y pensaba en no alarmarse mientras tanto no se aclarase todo. No obstante, sintió como se le aceleraba el corazón.

Al mismo tiempo, se ejecutaban dos acciones interesantes, en dos

lugares diferentes, que parecían dar pie al inicio de todo.

Una aberración.

—Dime hijo, ¿qué has visto exactamente? —John estaba repantigado en el sofá con una camiseta blanca que presentaba una clara mancha oscura desde el cuello hasta el ombligo. Era un tipo alto, no muy grueso, sino más bien delgado y tenía el pelo oscuro. Y no, no llevaba gafas. En la plenitud de su vida todavía no las necesitaba. Echaba un polvo diario y después se levantaba a mear como un perro al pie de un árbol. Le gustaba escuchar el chapoteo de su orina en el centro del retrete y cuanto más espuma creara al mear, mejor. Una de las rarezas que podría tener cualquier persona.

Sus pies estaban sobre una mesita que había delante del sofá y enfrente a él, había un televisor robusto, pero con una calidad de imagen bastante mala. La jodida antena no estaba bien orientada y la televisión por cable aún no existía. Al menos en Boad Hill.

No había canal local.

Peter, encojido al lado de su padre sacudió la cabeza.

—Estaba paseando en el bosque cuando de repente vi algo. Se respiraba en el aire algo podrido. Como la mierda o un huevo pasado. Entonces vi algo que no brillaba y me acriqué a eso. Era una mano. —Peter abrió más los ojos mientras miraba atentamente a su padre quien movía la cabeza como un pendulo y añadió—. Pero solo la toqué. No hice nada más.

Los labios de su padre se estiraron en una mueca. Aquello no era una sonrisa. Sino una especie de meditación. John estaba sopesando la idea de que su hijo le ocultaba algo y no se equivocaba del todo. Al menos no ahora.

—¿Solo eso?

—¡Sí! —exclamó Peter mientras se frotaba las manos algo nervioso y con unas gotas de sudor acariciándole los pomulos y jodiéndole el ojo derecho. Aquello escocía.

Era como si se justificara de algo. O lo ocultaba.

Su padre lo miró de reojo.

Sabia que habia algo dentro de él que queria salir, pero no lo dejaba. Su madre, es decir, su esposa, le sacaria más muelas que un dentista. Ella lo sabia.

Sabia eso.

A lo lejos, la voz de Mammi se deslizó por las paredes del pasillo, haciendo un eco impredecible.

—¡John! No presiones al chico. Ya sabes lo que tiene.

Él miró por encima del sofá y sus ojos agrtandados parecieron hablar por si solos, como proyectando las palabras como la maquina del cine.

—No me dirás que tiene algo que ver con lo de tu tio —voceó John con su sonsonete burlón.

—¡Es verdad! —habia gritado Mammi al son del tintineo de los vasos al golpearse en el fregadero.

Peter Bray desconcertado, abrio los ojos, temiendo que le acabaran de descubrir; qué habia sucedido realmente. Especialmente a él.

Pero no lo sabian.

Peter no se lo diria por nada del mundo.

Al menos de momento.

A través de la ventana entraba una lengua amarillenta y pajiza, que era la proyeccion de las farolas de la calle. La luna también tenia parte de culpa de ello.

En el otro lado de la situacion; en la comisaria del sheriff Aston, Bob el Grande, apodado asi por su enorme tamaño y su enorme cabeza, no paraba de suplicar que empzasen la busqueda de su hija Carietta.

Sus manos abiertas y con las palmas hacia arriba, parecian pedri una suplica desesperada. Hacia más de un dia que no habia regresado a casa. A veces lo hacia, porque se iba enfadada y pasba los dias enteros en casa de su tia Emelyn. Pero en esta ocasion salio de casa con la sonrisa en sus labios pecosos.

Parecía una decisión precóz, pero no lo era. Su esposa Linda había llamado a su hermana para comprobar que Carietta estaba con Sue, su sobrina, y ésta le dijo que esta vez no estaba en casa. También podría estar con su mejor amiga. Su vecina. Pero no estaba.

De repente afloraron mil y una dudas en sus calienturientas mentes, y los ojos empezaron a lagrimerar, porque pensaban que podría haberse caído en algún pozo de las afueras de Boad Hill.

Pero estaban todos tapados y con un candado que pendía laxo en un costado.

—Está bien. La buscaremos Bob —dijo Aston mientras su gruesa mano le golpeaba el hombro. Eso fue un acto instintivo, pero no pensó en los restos de una supuesta niña, encontrada ese día.

Claro, no tenían la cabeza.

5

A medianoche, cuando la luna estaba en todo su apogeo, resplandeciendo en el hueco de la ventana, como una gran manta de cenizas, Peter estaba apoyado sobre el respaldo de la cama, tratando de descubrir qué le había sucedido realmente cuando tocó aquella mano purpúrea.

Era la primera vez que había sentido una cosa así.

Bueno, que había tenido esa experiencia.

Había entrado en una zona muy oscura tras dormirse parte de su cara y había sentido como su mente se trasladaba a otro lugar. Algo parecido a un túnel completamente oscuro. Su corazón no le había palpitado, ni había tenido un solo sofoco. Simplemente estaba allí, casi exangüe. En silencio. Viajando por una especie de dimensión desconocida, hasta que de pronto vio aquellos ojos tenebrosos. Y esos dientes apretados.

A sus ocho años de edad, como cualquiera de los otros niños, resultaba ser muy curioso y atrevido, debido a su ignorancia y se había agachado para

tocar aquella mano. Aunque todo hay que decirlo, al principio no estaba seguro de lo que era. Después de abrir los ojos tras la experiencia extrasensorial-aunque él no sabía que se llamaba así-vio que aquello tenía dedos y que había moscas como abejas zumbando a su alrededor. Tan brillantes y verdes como un moco prematuro, pero con la similitud de una escama que refleja los rayos del sol.

Al descubrir que se trataba de una mano, no pensó en si le seguía el brazo y más abajo, debajo de los matorrales había un cuerpo en descomposición. La mano estaba sola. Sin embargo, su sencillez y su ignorancia no le habían reportado ningún trauma, no a esa edad, donde todo lo que descubres está bien.

Forma parte de la vida.

Sin embargo, no entendía muy bien lo que le había sucedido. Eso sí que le importaba. La mano y los trozos de aquella niña eran ahora lo menos interesante para él. ¿Qué dices? ¿Cómo puede ser tan bruto e insensible? ¿No tiene miedo a nada? La verdad es que no le había prestado nada de atención. Casi siempre había dado patadas a los cuerpos hediondos o secos de ratas y gatos. En cierta ocasión el cuerpo inerte y huesudo de un perro que había sido atropellado en la carretera que llevaba al lago.

Una vez incluso llegó a ver la cara pálida de un muerto. Era su abuelo. Y estaba tan solo dentro del ataúd que a lo sumo le inspiró lastima, no miedo. Aunque sí, dolor. Pero tampoco se iba a tirar de los pelos como su madre.

Peter no era un chico normal.

O quizá sí.

Con ocho años algo puede traumatizarte para siempre u olvidarlo por completo. No existe un claro estudio de porqué sucede esto.

Pero lo que le sucedió; le intrigaba. Tenía demasiada curiosidad por saber cómo narices había sucedido eso. Y al pensarlo, recordó la historia o historia de su tío John. Si, el mismo que decía predecir las cosas con solo tocarte o algo parecido. Había escuchado que al menos sabía lo que pensabas cuando te daba la mano. Y había pensado en todas aquellas infidelidades que había descubierto.

Eso le fascinaba y aterraba a la vez.

Porque ahora parecía sentir una curiosidad miedosa.

Tenía miedo.

Una hora después y tras el maullido de un gato en la calle, Peter seguía con los ojos muy abiertos.

6

—¿Y qué coño, hacemos ahora con esto? —preguntó Aston acomodado en su silla. Tenía los pies sobre la mesa. Sus talones se aposentaron sobre un cúmulo de papeles amarillentos. Apenas había casos en Boad Hill. Esto era nuevo y le pilló desprevenido.

—Deberías saberlo Aston —dijo Arnie.

El sol entraba como una lengua por la puerta de cristal de la comisaria. Y los otros dos agentes, Jack y Andrew estaban parpadeando por el impacto de los dedos del sol que les pellizcaba las corneas. Ambos estaban cerca de la puerta de salida.

—En este jodido pueblo nunca ha sucedido nada. Solo sé poner multas y actuar de intermediario en una disputa entre vecinos. A veces se ponen tercios. Pero esto, es una salvajada con respecto a todo lo demás.

—La verdad es que este pueblo es demasiado tranquilo —acució Arnie tocándose las gafas.

—Pero no desde ayer —rezongó Aston enarcando las cejas—. Bob ha denunciado la desaparición de su hija. ¿Y si fuera ella?

—¿Quién?

El sheriff señaló a una puerta cerrada la cual detrás ocultaba una fregona, una escoba y las bolsas de los restos de la niña encontrada el día anterior.

—¡Joder, los restos de ese cuerpo! —vociferó Aston dilatándose sus ojos. Sus pies se movieron sobre la mesa rodando hacia un lado. Un bolígrafo se cayó al suelo un golpe sordo.

—¡Deberías saber cómo actuar en estos casos! —gritó Arnie. Su ayudante tenía demasiada confianza en su jefe y viceversa. Siempre estaban juntos. Incluso se habían casado el mismo día. Habían sido compañeros de clase desde siempre.

Y se formaron en la misma escuela para ser agentes del orden. Entonces sheriff y ayudante del mismo. No aspiraban a ser policías simples.

—Joder, esto es muy fuerte —respondió Aston quitando los pies de la mesa. Ahora sus menudas manos se estaban entrelazando por los dedos. Su semblante era serio. Y su gran cabeza, una roca dura de roer.

—Abrimos un expediente y le damos el caso a los federales o al FBI —explicó Arnie desde el otro extremo de la mesa. Su silueta se marcaba un baile detrás del cristal de la puerta del despacho. Allí el sol no había llegado todavía.

—¿Federales? ¿Crees que esto es México? —La voz de Aston sonó rasgada.

—No he dicho agentes federales, sino federales. Debería haber dicho los de la oficina federal de investigación cuyas siglas son FBI — replicó Arnie mientras seguía paseándose como una mosca cojonera por el despacho

Aston enarcó las cejas y su rostro marcó un mar de arrugas.

—¡Ah!

—No podemos tener todos esos pedazos en esa habitación esperando a que las moscas hagan su trabajo. ¿Es demasiado pedir abrir un expediente y enviar los restos a la oficina forense estatal de Augusta?

El sheriff cabeceó y volvió a poner los pies sobre la mesa. Esta vez se cayó al suelo un fajo de folios. Como las hojas caen en otoño; en silencio.

—Parece mentira que tengamos que discutir esto —reflexionó Aston—. Cuando es de lo más sencillo del mundo.

Arnie le señaló con el dedo al tiempo que hacía una mueca.

—¿Estás seguro de que aprobaste las oposiciones?

—Ya no me acuerdo de nada joder, y tú tampoco. —Esta vez fue el dedo de Aston quien señaló a Arnie.

Casi al mismo tiempo, ambos acariciaron una sonrisa socarrona, ante tal estupor del caso sanguinolento y depravado. Daba la sensación de que habían ido a recoger trozos de ratas mordisqueados por todos los gatos de Boad Hill, en lugar de haber recogido los restos amputados de una niña, cuyo nombre ya podían casi adivinar aunque no apareciera la cabeza.

De momento.

7

—Dime hijo. ¿Ha pasado algo? —Le preguntó Mammi con voz seria. Estaba llenando un vaso de leche. Su delantal pendía inerte sobre sus pechos.

—No. Nada —mintió Peter mientras tomaba asiento en la silla que fue arrastrada desproporcionadamente en un ruido chirriante.

—El agente de policía no dijo nada. Eso es cierto. Solo que tenías que enseñarles una cosa. Dime, ¿qué cosa?

—Ya te lo he dicho mamá. Nada. —Sus pequeñas manos agarraron el vaso como si se tratara de un cubo y rozó sus labios al borde del mismo.

Mammi cabeceó como un saco colgando de una viga. Sus ojos se oscurecieron en aquella hermosa mañana de verano y su cabello largo y ondulado, oscuro, había perdido más su brillo en esos instantes.

—¿Se trata de alguna gamberrada de tus amiguitos?

Peter levantó la mirada del vaso y mostrando un bigote blanco dijo:

—Sí. Eso es. —Parecía sentirse aliviado.

—¿Y se puede saber de qué se trata? —Su mirada buscó el rostro de

su hijo que había hundido la cabeza en el vaso. Tenía los brazos en jarra y a sus espaldas algo se estaba calentando de más. Eran un par de huevos revueltos.

—Rompimos todas las muñecas de nuestras amigas en pedazos — mintió de nuevo el pequeño. Su cuerpo delgado, quizá, demasiado para su edad, parecía un muñeco ventrílocuo sentado en la silla, que no sonreía.

—¡Vaya! Eso es aterrador —gimoteó Mammi estirando sus labios de oreja a oreja. El olor a quemado inundó el aire de la cocina. En un impulso repentino, se dio la vuelta y extendió la mano hacia el mango de la sartén.

—¿Qué se está quemando esta mañana? —preguntó John que prorrumpió en la cocina rascándose el culo. Su camisa a cuadros de color rojo, y el pantalón vaquero, solo indicaban una cosa. Que tenía un día largo por delante. Debía seguir con la casa de los Masterson.

Su mujer había apagado el fogón y el humo mezquino se enroló en el aire como si fuera absorbido por alguien colgando del techo, hasta desvanecerse en la nada.

—Son los jodidos huevos John—rezongó ella.

John soltó una risotada y el sol le enfocó directamente a los ojos, penetrando por la ventana como haces de unas potentes linternas en medio de la noche. Bizqueó.

—Bueno. Parece que hoy no está tu amiguito —le sonrió a su hijo mientras su pesada mano se apoyaba en el hombro del pequeño que pareció doblarse hacia un lado. Había cambiado de conversación.

—Estará a punto de llegar —acució Peter y volvió a sorber la leche como lo hace un borrego. Con ruido.

—si claro. Seguramente —dijo John sin parar de sonreír. Bordeó la mesa y, tomó asiento. Él, sin hacer ruido porque había levantado la silla del suelo.

—Jodidos huevos —susurró Mammi a sus espaldas mientras dibujaba un péndulo con la sartén ahumada.

—Pues haz otros —le sugirió John sin perder la calma—. Hermoso día.

La ventosa de la puerta de la nevera resonó en la cocina y su esposa sacó dos huevos más. Volvió a los fogones y cogió otra sartén de la pared que colgaba como una lengua oscura. Estaba preparada para quemar otros dos huevos revueltos.

—A ver si esta vez no me despisto —dijo ella.

—Tu madre tiene unas manos estupendas para la cocina —dijo John guiñándole el ojo a su hijo que en esos momentos le estaba mirando fijamente a los ojos.

Peter se rio como un perro.

—¿Sabes que los amiguitos de tu hijo se han dedicado a hacer trizas las muñecas de sus amigas? —Los huevos rotos, se estaban friendo a fuego lento.

—¿Sus amiguitos, solo?

—Bueno, eso dice él...

—¡Y tu hijo! —le cortó John toda risa—. No des la espalda a tu hijo.

—Solo fueron cuatro muñecas. Por eso el sheriff nos riñó —mintió de nuevo Peter ya con el vaso vacío. El bigote blanco seguía estando bajo su nariz hasta que su lengua rosada lo relamió.

John se echó a reír.

Y de momento eso fue todo lo que se supo.

Hasta que llegaron los rumores.

Los jodidos rumores.

El sheriff Aston bajaba los escalones de su casa repicando como un drogadicto con los dedos en espera de su dosis y mientras se deslizaba por ellas, se puso su sombrero de fieltro. Era uno de esos de ala ancha, con una medida extraordinaria para su cabeza. La placa dorada brilla bronceína en su pecho.

Su esposa Megan-la segunda-estaba liada con la cocina. Era como si todo el mundo se dispusiera a desayunar al mismo tiempo. Sus hijos Richard y Bárbara, ya bien entrados en edad, seguían viviendo en casa.

—¿Qué sucede hoy familia? —preguntó Aston cuando alcanzo el pasillo. Este era de apenas medio metro ya que la entrada de la cocina consistía en un marco sin puerta.

Megan se dio la vuelta con un vaso vacío y los buscó con su atractiva mirada. Tenía los ojos verdes y a pesar de la edad, ese brillo nunca desaparecía.

—¡Muy bien! ¡Hace un hermoso día cariño!

Richard y Bárbara arquearon las cejas mirándose el uno al otro. Sus caras los delataban. Estaban todavía bostezando del sueño que arrastraban. Eran jóvenes y por las noches no hacían solo la rutina de dormir. Había más cosas que hacer, como pensar en sus parejas y dejar volar las horas como las hojas en el viento.

—Parece que te ha sentado bien la noche Megan —dijo Aston ya arrastrando una silla sobre el suelo liso de madera.

Sus hijos lo miraron de reojo. Sus líneas de expresión perdieron el sentido del humor. No era para menos. Al fin y al cabo ya estaban atados por el lazo del corazón y eso implicaba problemas.

Aston cogió la taza de café que estaba humeando y empezó a sorber de ella. Se quemó. Hizo una mueca y, la dejó de nuevo sobre la mesa. No dijo nada. Dejó que la taza de café, en realidad, se enfriara junto a él.

Su esposa le guiñó el ojo antes de volverse y ponerse de cara a la pared. Tenía el cabello largo y frondoso. Le sobresalía del flequillo una mecha de pelos que apuntaban hacia todas partes.

El polvo que había echado la noche anterior le había sentado bien.

¿Por qué las mujeres se ponen tan contentas después de un buen polvo?

Eso es lo que pensó Aston, pero él estaba igual de contento y con la polla flácida ahora mismo.

En los preámbulos, Aston le había contado lo de los pedazos de esa niña. Ella le había preguntado si encontraron su ropa. Él dijo que no, que estaba desnuda. Entonces ella había hecho otra pregunta y él había contestado que no. Una extraña forma de empezar a hacer el amor.

—¿Es verdad lo de esos pedazos de carne? —preguntó de repente Richard. El hijo mayor, rubio y con los labios rosados.

Todos se quedaron de piedra.

—¿Qué? —La voz de su padre, el sheriff de Boad Hill, el alto cargo y el que además mandaba en casa cuando su mujer no estaba, sonó grave. Muy grave.

—Además de los muelles de la cama escuche algo sobre unos pedazos de carne en bolsitas. Al parecer de un cadáver. —Richard hizo una mueca cercana a la sonrisa más socarrona.

Hubo un momento de silencio que pareció ominoso y el sol lamia la superficie de la mesa desde el hueco de la ventana que estaba abierta de par en par.

Finalmente, mamá habló:

—Hijo. Eso forma parte del trabajo de tu padre y de momento nadie sabe nada de esto. Ya sé que no tienes amigos. Solo una novia, pero te pedimos tu padre y yo que no digas nada de esto, ¿de acuerdo?

Richard cabeceó varias veces delante de la absorta mirada de su hermana.

Ella casi se atraganta con la leche fría.

Aston se limitó a mirarlos de reojo por segunda vez. Sus ojos habían perdido toda expresión de delicadeza. Ahora mantenía un semblante serio.

Pero no dijo nada.

El café se estaba enfriando y el humo se había desperdigado en el aire como la niebla cuando sale el sol. Sin dejar rastro ni al aroma.

—¡Vale! Yo creía que era un trozo de una película de terror —objetó Richard, tan tieso como un palo, sobre su silla, de espaldas al sol y la ventana.

9

Unos nudillos pequeños, casi diminutos repicaron la puerta de madera que estaba pintada de blanco. El sonido fue casi sordo y fue engullido por el hueco del pasillo.

—Creo que están tocando la puerta —musitó Mammí al tiempo que recogía los vasos vacíos y la taza con el fondo oscuro.

—Será el amiguete de tu hijo —dijo John mostrándole una sonrisa. El chaval no le caía mal, al contrario; muchas veces era objeto de bromas y juegos junto a su hijo.

Peter buscó con la mirada el reloj Casio. La pantalla era diminuta con un fondo grisáceo y los números negros. El segundero subía a cada latido de corazón.

—Es Denny —anunció—. Voy a jugar un rato con él... —Se quedó pensativo durante unos interminables segundos y añadió—. Y con el resto de la pandilla.

Joe, Tommy y Rosemary. Sí, había una chica entre ellos. De la misma edad. Era pelirroja. Al parecer abundaban las pelirrojas en Boad Hill, porque no era la única.

John se levantó de la silla sin hacer ruido y se dirigió hacia el pasillo para atravesarla como el túnel de la muerte y abrir el picaporte de la puerta. El sol acarició el rostro en un baño de calor y luz y el pequeño Denny, aún con la mano en alto, le sonreía.

—¿Está Peter señor John?

—¿Cómo no iba a estar? Claro que sí. Pasa. Esta vez está en la cocina.

Denny con el cuerpo más enclenque que una hoja de canto, pasó al interior de la casa sin apenas hacer ruido. Sus ojos se agrandaron dentro del pasillo que estaba casi en penumbras y caminó sigilosamente hacia la cocina. Estaba al fondo a la derecha.

John antes de cerrar la puerta lo miró de reajo y dejó escapar una sonrisa. Había pensado que debería ser divertido volver a tener esa edad. Donde todo es mágico. Cerró la puerta de un golpe seco y ésta repicó en el marco.

—¿Eres tu Denny? —voceó Peter desde su silla.

El rostro de Denny apareció por la cocina, con su cabello cortado casi al cero y de un rubio como el propio sol que entraba a raudales por la ventana. Sus ojos ahora estaban brillando.

—Sí, Peter. Soy yo. ¿Quién sino?

—¡Buaj! Eso ya lo sabía —contestó Peter con una mueca.

Su madre comenzó a fregar los vasos sucios al son de una serenata de tintineos.

—¿Que tal Denny? —preguntó Mammi sin volver la vista, más que nada porque estaba ocupada.

—Bien señora Laura.

Su nombre de pila era Laura y aunque el nombre no era algo horroroso, le daba cierto coraje y rabia que la llamaran por su nombre de pila. Ella prefería Mammi.

En cierta manera no contestó:

—Mammi.

Peter le miró a los ojos a Denny y sonrió hasta casi soltar una risotada de lo más inocente. John estaba de regreso. Venía dispuesto a comerse en dos bocados los huevos revueltos y el beicon, relamiéndose el aceite de las

comisuras de los labios.

—¡Idiota! Te he dicho mil veces que se encuentra más cómoda si la llamas Mammi —rezongó Peter. Sus ojos se habían oscurecido y casi parecían que se habían hundido en sus cuencas. Todavía no necesitaba gafas.

—No pasa nada Peter —dijo Mammi volviéndose con una sonrisa.

Parecía que todo el mundo esa mañana había despertado con una estúpida sonrisa en la cara. Como si se hubiera dibujado en el rostro.

John le mesó el cabello a Denny para darle rabia, porque sabía que le daba rabia que le sacudiesen la cabeza con aquellos tremendos menos y hundió su cara en el plato que se estaba enfriando.

—Ya estáis juntos —dijo John mientras masticaba.

Denny se acercó a una de las sillas, pues había cuatro y tiró de una de ellas con sumo cuidado. Se sentó y cruzó los brazos blancos sobre la mesa.

Durante unos segundos lo único que se escuchaba en aquella cocina eran las muelas de John, su tráquea al tragar y un gato maullando a lo lejos. Después de esto, Mammi prorrumpió con una pregunta cambiando de tercio:

—¿Es verdad que habéis roto las muñecas de algunas amiguitas?

Denny meneó la cabeza como si ésta se moviera sobre un muelle. Sus ojos se agrandaron.

—¿Nosotros?

—Dice Peter que habéis hecho trozos a cuantas muñecas habéis atrapado con vuestras manos.

—Bueno... —Denny estaba desconcertado por un lado y mordiéndose la lengua por otro lado—. Ha desaparecido la hija de Bob el cabezón, digo, el grande.

Se quedaron todos de piedra.

Excepto Peter Bray que no sabía cómo meter la cabeza debajo de la mesa.

—¡Joder no hay quien pueda echar una meada con esa peste! — exclamó Arnie con los labios arrugados. Su camisa marró y la chapa parecía flotar alrededor de su torso.

—Pues no mees — dijo con un respingo Aston mientras abría la puerta de su despacho. El lavabo estaba justo al lado de la habitación donde estaban los restos de aquella pobre desgraciada.

Arnie se ciñó el cinturón alrededor de su barriga casi hueca y sus ojos castaños dejaron de mirar de forma socarrona, en un intento de parecer agrío.

—No podemos mantener esas bolsas ahí dentro —rezongó Arnie.

—Eso ya lo sé —ladró Aston haciendo aspavientos—. No las he metido ahí para coleccionar pedazos de una niña descuartizada.

Jack y Andrew que estaban cerca de la puerta, haciendo sobra en el suelo, escucharon a Aston y enarcaron sus cejas, como si todo aquello le viniera grande.

Y en verdad, todo aquello era algo excepcional. Aterrorador y nada común de lo que habían visto hasta ahora. Por momentos se sentían cómplices de aquel asesinato, ya que no daban paso alguno hacia adelante. Eran como marionetas que dejaban de mirar el público que aplaudía al final de la escena.

Patético.

—Puedes llamar a tus colegas de otras ciudades y preguntarles cómo proceder en estos casos. Yo creo que es el momento de actuar —explicó Arnie que parecía tener más cordura que el propio sheriff que se presentaba como un incompetente.

Aston lo miró con una mirada desafiante mientras estaba apoyado en el marco de la puerta y su cogote casi alcanzaba la parte superior de esta.

—Siempre tan sabiondo Arnie. —sonrió un instante de una manera

forzada y añadió—. A veces me das asco.

—Creo que deberías llamar a Majestik de Road Mill. ¿Es tu amigo de la infancia no? —Arnie hablaba con cierto cinismo en su tono. Sus grandes gafas dibujaron un arco oscuro cuando movió la cabeza de un lado para otro. Como si ésta fuera de goma.

—Claro, siempre tan eficiente —dijo Aston y cerró de un portazo tras de sí que llenó la sala de un ruido estrepitoso.

El resoplido de Aston se escuchó a través del cristal de la puerta y Jack empezó a reírse ociosamente.

Arnie se rascaba la cabeza. La tenía pringosa y el sudor le resbalaba por la frente de forma caprichosa en una mañana más de aquel caluroso verano.

Un tanto especial, eso sí.

Mientras tanto un olor fétido se escapaba por la parte de debajo de la puerta del cuarto de limpieza y objetos perdidos.

Aquellos pedazos de carne purpúreos y sanguinolentos, estaban avanzando en la simbiosis llamada putrefacción.

Primero fue Denny, pero al abrirse la puerta de casa, detrás de esta y bajo un incipiente sol, estaban los demás. Joe, era el más alto. Les sacaba un palmo, pero era exageradamente delgado. Parecía una momia caminando, pero con soltura. Sin las vendas. Peter era delgado, pero Joe le ganaba. Caminaba encorvado y a menudo sonreía ante las gracias de Tommy, que no era precisamente el gordito del grupo. Lo que pasaba es que Tommy había comido de más cuando era pequeño y ahora sus mofletes estaban hinchados y rollizos, pero no tenía panza. A esa edad era muy difícil tener barriga, pero había excepciones. Siempre las había.

Ella, la chica del grupo, tenía el cabello largo y rizado. Pelirroja y con

unos labios demasiado sensuales para su corta edad. Aunque Peter no se había fijado para nada en ella. En realidad ninguno se había fijado en ella. Solo el bastardo de Chris. Un chico de once años hijo de Hope, un renegado de la vida.

La frase mágica era «En Boad Hill se conocían todos», así de claro.

—Estaba a punto de tocar la puerta —dijo Tommy con un brillo en los ojos producto del fuerte golpe del sol en sus corneas. Parecía un gato observándote de noche.

—Ya ves. Qué casualidad. Nosotros salíamos en busca vuestra —explicó Peter Bray mientras movía inquietantemente una mano en el aire.

Rosemary empuñando el manillar de su bicicleta sonrió.

—¿Qué planes, tenemos hoy Peter? —Le preguntó Joe bajando un poco la cabeza. Estaba al lado de una rueda de bicicleta. La suya. De color azul con un foco en el manillar. Estaba sujeto con cinta aislante y una pila colgaba casi inerte de dos cables de cobre.

—Lo de siempre. Hablar. Pasear. No hacer nada —acució Peter sin dejar de mover esa mano nerviosa.

—¡Qué aburrido! —resopló Tommy. Tenía el cabello rizado y algo largo. Vestía una camisa hawaiana y un pantalón corto rojo con extraños dibujos que mostraban la cara amable del verano.

Denny se adelantó a Peter colocándose delante de él y dijo:

—A lo mejor no es tan aburrido como parece. ¿Sabéis que la hija de Bob el Grande ha desaparecido?

Peter se ocultó entre sus hombros, encogiéndose como un avestruz por si leían su frente en donde decía; y yo vi a un asesino. Una niña descuartizada en el bosque, pero su cabeza no ha aparecido todavía, al menos que yo sepa. Ahí lo dejo.

Rosemary enarcó las cejas.

Durante unos largos e interminables segundos, reinó el más absoluto silencio delante de la puerta abierta en la que entraba una lengua de fuego

iluminando el pasillo de la casa.

Finalmente, Tommy reaccionó y dijo:

—Pues podríamos dedicarnos a buscarla. ¿Se sabe cuándo desapareció? ¿Dónde?

—Sí claro, nosotros hacemos de detectives. Que creéis que la autoridad no está sobre el caso —explicó Denny dejando a un lado la sonrisa y poniéndose serio.

La verdad es que el Sheriff Aston no había movido un dedo en ello y ellos no lo sabían. Estaban a punto de emprender una larga búsqueda por los alrededores de Boad Hill, en el lago, en los bosques y en la vía del tren. Eran lugares perfectos.

Peter recordó donde había encontrado esa mano purpúrea y lo que había sucedido después de tocarla y pensó; ojalá lo hayan limpiado todo. Ni tampoco sabría explicar qué demonios pasó por mi cabeza.

Unos ojos lunáticos. Espantosos y llenos de odio.

Pero no vio el rostro completo. No como para reconocerlo. Parecía que su cara estaba plastificada y las arrugas, los pliegues y la piel estaban aplastadas formando una cara desfigurada. Como las imágenes que viajaban; iban y venían. Sangre en la cara.

—No veo muy claro realizar esa búsqueda como dice Denny —dijo Peter, temblando como una hoja.

—¡Vaya miedica! —exclamó Tommy. Miró a lo lejos, su bicicleta. Era roja. Estaba al pie de la entrada del jardín y brillaba como un diamante bajo aquel furioso sol.

Peter no contestó.

En su lugar se limitó a cerrar la puerta con suavidad. El pasillo se quedó a oscuras y las voces de sus padres fueron amortiguadas por la puerta.

—¿Pero, porque habéis venido en bicicleta hoy? —preguntó Denny interviniendo al paso.

—No lo sé. Quizá porque tenemos ganas de pasear en este día hermoso y ahora más, dado que hay una niña desaparecida. —La voz de Rosemary era aguda, pero no estridente. Tampoco era dulce.

—¿Veis? ¡Hay que buscar a esa pobre niña! —ladró Joe golpeando su puño en la palma de la mano. Aquello sonó como si aplastara un mosquito de los grandes.

Tras otro silencio ominoso, Peter dijo:

—Está bien, busquémosla pues.

Y sintió miedo.

Mucho miedo.

12

—¿Majestik?

La voz sonó algo quebrada.

Tras un silencio se escuchó una voz ronca.

—¡Vaya, pero si es el capullo de Aston! —Al otro lado del teléfono había una mano grande sujetando el auricular que acariciaba un mostacho negro. Sus ojos eran oscuros. Como la noche. Y todavía no tenía arrugas.

—¡Serás capullo! —Aston se sintió bien después de todo.

—¿Qué te ha motivado levantar el auricular del teléfono viejo zorro?

—Nada. Solo quería decirte que este verano es un poco caluroso, ¿no?

—Siempre tan canalla. —Parecía poder escucharse de fondo una risilla como la de un perro. Eran chasquidos.

—Como debe de ser amigo. Suéltalo ya...

—No es nada —le cortó Aston difícilmente dibujando un rictus en sus labios. Solo le faltaba el palillo de dientes rodando sobre ellos.

—¿Para algo me habrás llamado no? Después de tanto tiempo. ¿Dos años quizá? ¿Tres? —Majestik al otro lado del teléfono si parecía tener algo entre los dientes.

Aston se puso cómodo dentro de lo tenso que estaba. Y lo peor de todo es que reconocía que era precisamente muy hábil con estos casos.

—Verás amigo mío. Ayer apareció el cuerpo descuartizado de una niña. La metimos en bolsas y ya no sé qué hacer ahora.

Al otro lado de la línea se escuchó una risotada.

Serás capullo, pensó Aston subiendo los pies sobre la mesa.

—En estos casos hay que abrir una investigación, amigo...

—¡Eso ya lo sé! —le interrumpió de nuevo. Pero la verdad es que no había hecho ningún informe de lo sucedido. Las bolsas de plástico, a cada minuto que pasaba, olían más.

—¿Y lo has hecho?

—Sí —mintió todo ruborizado. Se alegró de que nadie estuviera frente a él.

—Entonces ahora debes enviar todos los restos a forense. Aquí en Maine hay tantos que solo puedes elegir uno que está en Augusta.

—¿Hay muchos forenses?

—No. Por eso lo digo. Hace tres días tuve que mandar un cubo de basura de restos humanos. Parecía las de una niña, por sus genitales. Después del análisis y la autopsia, que no se pudo realizar de forma completa pues la cabeza no ha aparecido todavía, se descubrió de quien se trataba, pero no había huellas del hijo de la gran puta o la hija de la gran puta que hizo aquello. —Majestik, en un sillón acomodado, que crujía de vez en cuando entre sus palabras, se había felicitado asimismo por la retórica lanzada al cable del teléfono.

Después la línea se quedó en un silencio subliminal, porque se escuchaban ciertos chasquidos.

—¿También ha sucedido eso allí? —Los ojos de Aston se hincharon tanto como su cabeza y eran tan blancos como dos platos. Su corazón parecía palpar en su mentón de forma caprichosa. Con la mirada buscó el rostro o al menos, la silueta de sus hombros y quiso soltarse el nudo de la corbata que no llevaba puesta.

—Ya son dos niñas —contestó la voz que parecía venir corriendo sobre el tendido eléctrico.

—¡Joder!

—Sí, joder...

—Entonces es una obra de un asesino en serie.

—Al parecer sí.

—¡Vaya!

—¿Tienes el teléfono de Gruber?

—¿Quién es Gruber?

—El forense de Augusta. Te doy su número de teléfono y le envías todo lo que tengas de esa pobre desgraciada.

—Tengo todo menos la cabeza.

—¡Ah! ¿Tampoco tienes la cabeza? ¡Pues vamos bien!

Aston quiso sonreír un poco, pero no era el momento de hacerlo. Sus pies se movían con frecuencia sobre los documentos que había sobre la mesa. Estaba sudando copiosamente y algunas gotas de sudor se quedaban atrapadas en sus pobladas cejas.

—Estamos en las mismas condiciones.

—Coge el bolígrafo y apunta el teléfono. —La voz de Majestik sonó grave y fastidiada. Su cara se podía ver casi en el auricular del teléfono. Una cara alargada y arrugada por el odio.

—Está bien. —Aston bajó los pies de la mesa y buscó con la mirada un jodido bolígrafo. Había uno en el suelo. Se agachó desde la silla

quejándose como un viejo y con un resoplido se irguió de nuevo—. Dame el teléfono.

Majestik empezó a dar números y Aston los apuntó de forma sesgada sobre uno de aquellos papeles que tenía sobre la mesa.

Entonces sobrevino el silencio que parecía eterno.

Finalmente, una voz queda rompió el silencio.

—¿Lo sabe alguien más?

—Sí. Un niño. Fue quien la descubrió.

—¿Está traumatizado?

—No lo sé, no dijo nada en especial. Parecía que sus ojos miraban en derredor con absoluta normalidad.

—¿Qué edad tiene ese niño?

—Creo que ocho.

—¿Piensas que habrá podido ser él?

Aston soltó una carcajada.

—No lo creo. ¡Es imposible! Sus manos estaban limpias y había restos orgánicos en su ropa ni sangre. Es el hijo de John, por Dios.

—¿John? ¿Cómo se llama ese niño?

—Peter Bray.

—No sé quién es. —La voz de Majestik sonó algo confusa. Ni el mismo daba crédito a todas estas preguntas. Se le había ido un poco la cabeza.

—Bueno, es el hijo de John Bray. El mejor carpintero de la ciudad. Y créeme, ni Peter ni ninguno de nuestros vecinos tiene tanta locura en su mente como para trocear así a dos niñas.

Y después colgó.

Sus labios arrugados necesitaban atrapar algo como un cigarrillo o un palillo, pero no tenía nada de eso a mano.

Se quedó mirando el teléfono largo rato.

Bastante rato.

13

Peter tenía dos bicicletas rojas, y en este caso le dejó prestada-como en otras muchas veces-una de ellas. Los cinco de la pandilla sin nombre comenzaron a pedalear, calle abajo, hacia un destino que solo el viento les guiaría. Habían decidido ir en busca de Carietta, pero no sabían por dónde empezar. Eso era obvio y a veces, normal.

Lo que no era normal es que Peter Bray pedaleara con los ojos entrecerrados y un secreto guardado con cierto recelo. Bueno, eran dos, pero uno de ellos se daría a conocer en todas las calles adoquinadas de Boad Hill. Algo que ya sabían ellos; la desaparición de Carietta Fanning.

—¡Peter, vas muy rápido! —gritó Denny justo detrás de él. Estaba con la cabeza hincada en el manillar y estos parecían dos cuernos que sobresalían de sus sienes. Su espalda sudaba copiosamente, y la frente.

—¡No lo sé! ¡Solo me limito a pedalear! —vociferó Peter volviendo brevemente su cabeza y por la forma en que lo hizo, parecía que dentro del cuello tenía bolas engrasadas.

—¡Pues pedalea! —exclamó Denny.

Detrás iban por orden, Rosemary, Joe y Tommy.

Éste último jadeaba cada vez que sus rollizas rodillas subían y bajaban en forma de círculo al girar los pedales. Su cara era una mancha húmeda y su mirada, pedía plegarias.

—¿Por qué no vamos al lago? —inquirió Rosemary poniéndose a la altura de Peter y Denny. Los miró de reojo. Denny sacudió la cabeza como un polluelo. Peter hizo una mueca con la boca.

Eso era un sí.

—Pues, pedaleemos hasta el lago —dijo Denny todo dientes.

El sol, implacable desde un cielo azul brillante, les azotaba en las espaldas convirtiéndolas en ríos de agua. Sus frentes sudaban copiosamente y las gotas de sudor rozaban sus enrojecidos pómulos.

—Está bien. Vayamos al lago. —Peter esbozó una sonrisa que apenas se pudo ver al paso de los árboles que había en ambos lados de la calle que ya llegaba a su fin.

Les esperaba un largo y polvoriento camino de tierra.

En 1983 ese pedazo de carretera todavía no estaba asfaltado.

—Esto de pedalear no se me da muy bien —explicó Tommy al final del grupo. Sus ojos parecían querer abandonar sus cuencas de lo inflados que estaban.

—Todo sea por Carietta —dijo un misterioso Joe. Sus piernas le llegaban al suelo y parecía que en vez de estar montado en una bicicleta, estuviera haciéndolo en un triciclo de esos de tres ruedas y apenas un palmo de altura.

Sus pies eran como ancas de ranas al saltar vertiginosamente hacia al agua.

Y con el calor denso y pegajoso de ese día, siguieron su curso hacia el lago.

El corazón de Peter bombeó más de lo habitual.

Todo negro, un aire caliente, una paz y después aquellos ojos en primer plano y más tarde la sangre cubriendo esa misma pantalla, como un cristal de una ventana rebozando sangre por los marcos.

¿Hacia bien en ocultar eso a su pandilla?

¿Y al sheriff Aston?

¿Papá lo sabía?

Cogió el auricular del teléfono de color beis y con un solo dedo empezó a girar los números uno a uno dentro de la rudecilla de la base del teléfono. Un tic-tac como un reloj desesperado se empezó a escuchar con cada número marcado. Después se llevó el auricular al oído y escuchó un chasquido, quizá dos y al final el tono de llamada.

—Aquí Gruber, ¿diga?

Así de seco se presentó aquel hombre de casi metro noventa y piel oscura. Sus manos parecían zarpas de una bestia, sin embargo, dominaba el bistrú como nadie. Sus ojos, blancuzcos como los de un zombi se marcaban trágicamente en el rostro de su cara en el que solo brillaban los dientes. Su cabello era rizado o mejor dicho, enrollado. Vestía en ese momento, una bata blanca que brillaba como el sol, pero no bronceo. Sus labios, como dos salchichas quemadas dejaron paso a la lengua rosada que era mostrada en cada sílaba que pronunciaba aquella garganta.

—Soy el sheriff Aston de Boad Hill y creo que tenemos algo para usted. —Aston no se sentía cómodo y forzaba una sonrisa que nadie veía en ese momento—. Verá, hemos encontrado los restos que parecen ser de una niña a la cual no hemos identificado porque no encontramos la cabeza y pensamos que usted que es forense podría darnos algo de luz.

Al otro lado del teléfono, Gruber se quedó desconcertado.

¿Estaba hablando con un idiota?

Claro que no.

—Y no sabe lo que hay que hacer en estos casos, ¿es así?

Aston cabeceó como si lo estuviera viendo Gruber.

—No. No es eso —se apresuró a decir Aston con el corazón palpitándole en la punta de la lengua—. Solo quería anunciarle de un nuevo asesinato que necesita urgentemente una autopsia.

Aston pareció respirar algo más despacio al decir esto. Era como si de

repente, sintiera que las cosas salieran bien, porque él sabía cómo hacerlas. Algo irreal. Era un ignorante.

—Claro. Eso ya lo sé —dijo la voz grave que viajaba cientos de kilómetros por un cable de cobre.

—No. No lo sabe, pero le pongo al día. Envíeme esos restos mortales que tiene y los analizaré. Tiene un parecido al caso que llevo entre manos. Tampoco encontramos la cabeza, pero pude identificar a quien pertenecía dichos pedazos de carne. ¿Porque al fin y al cabo es lo que son ahora no?

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Aston estaban sudando. ¿Era eso posible? Para Aston sí, y no eran lágrimas.

—Bueno...

—Al parecer ya estoy conociendo un poco más del caso. Nos estamos enfrentando a un caso de un asesino en serie. Uno es un caso aislado. Dos son para un asesino en serie y si ocurriese una tercera vez, es que el asesino quiere que le encontremos. Al final ellos siempre desean ser descubiertos.

Aston cabeceó como si lo estuviera viendo Gruber.

—¡Ajá!

—Los detalles macabros me los reservo para mí. Yo solo determino si ha sido abusada sexualmente o si ha muerto lentamente. Y claro está identificar el cadáver y encontrar una jodida huella del asesino o asesina. Quién sabe. ¿Tiene usted idea de quien se podría tratarse en su caso?

—No. Creo que no —balbuceo Aston. Sus pies seguían sobre la mesa.

—Tampoco la tiene Majestik.

—Sí, he hablado con él. Curiosamente nos conocemos.

—¿Sabe usted? Me envió los trozos de carne en bolsas de plástico.

Aston buscó con la mirada la puerta del cuarto de limpieza.

—Yo también los tengo en bolsas de plástico. Pensé en que era mejor tenerlos por separado que meterlo todo en una bolsa de basura. —Aston se quedó de una sola pieza.

—¡Vaya! Muy sutil usted también. Eso no lo había pensado, pero hay veces que se debe de hacer. Si yo le contara...

—¡Lo sé! —le cortó Aston irguiéndose en su silla como si hubiera sido impulsado por un muelle oculto—. Ahórrese los detalles. Me lo imagino y hoy no tengo el estómago como para visualizar ciertas cosas.

—¿Pero tiene las bolsas ahí?

—Sí.

—¿Están en una nevera o en una estantería?

Aston miró al techo en busca de una araña en la que pensar.

—Las bolsas están en el suelo y ya empieza a oler demasiado.

—Me lo suponía —respondía esa voz grave de Gruber.

Aston le pareció escuchar una risita maquiavélica. Grosera.

—Hágame un favor señor Gruber.

—¿Cuál?

—No sea tan explícito conmigo. Solo quiero saber quién es esa niña y encontrar las huellas del psicópata que ha hecho esto. ¿Podrá hacerlo?

Reinó un indómito silencio.

—claro que sí —dijo Gruber casi jovial.

Las cejas del sheriff se enarcaron.

—Bien. Le envió a la pobre niña.

—Perfecto.

De pronto la puerta de la comisaria se abrió de un golpe como si hubiese sido empujada por un soplo de viento en pleno otoño, pero en vez de entrar hojas revoloteando por todas partes, entró una silueta de un hombre con panza y una calvicie que brillaba bajo los dedos del sol.

—¡Maldita sea! ¡Quiero que busquéis a la hija de Bob el Grande!

Era el alcalde. Dan Harrington. Cuyos puños estaban apretados y sus ojos inyectados en sangre.

Aston se había olvidado de ella.

15

Las bicicletas formaron un estrepitoso ruido al caer al suelo, mientras una nube de polvo estaba agazapada sobre sus cabezas. El metal de las bicicletas destelló bajo el sol y el agua del lago, visible a esa distancia, también brillaba como si flotaran miles de diamantes.

—¡Bien, chicos! ¡Ya estamos en el lago! —exclamó Tommy jadeando como un perro. Peter podía verle la lengua asomar por uno de los lados de sus labios.

—Oh, vaya. Este es un sitio estupendo para perderse —dijo Rosemary algo confusa.

—¿Acaso no habías visto el lago? —inquirió Denny con una vaga sonrisa en sus labios.

—Sí, claro. Hemos venido ya varias veces. Solo que hoy me parece más grande.

—¿Más grande? —La voz de Joe se pronunció algo grave para su edad.

—Bueno, quería decir algo diferente como por ejemplo, que hoy este lago me parece mucho más enorme y difícil de explorar que las otras veces —aseguró Rosemary cruzando sus brazos bajo sus pechos aún no formados.

Peter consciente de que allí no iban a encontrar nada o al menos lo intuía, porque no sabía a quién pertenecía aquella mano purpúrea, miraba al cielo azul como si allí arriba hubiera algo interesante que descubrir, aparte del sol. Su corazón bombeaba como una máquina de vapor y sudaba de forma copiosa. ¿De quién sería aquella mano? Se preguntó. ¿Dónde estaría Carietta?

El «Brillo» estaba desconectado ahora.

Y viajó en una montaña rusa de emociones.

16

—Dan, tranquilízate —dijo un sosegado Aston con la mano extendida y sujetando el brazo de Arnie que al parecer pretendía parar el avance del alcalde hacia la oficina de su jefe.

Aston fue mucho más rápido.

—¡Que me tranquilice! Mi hija pequeña, la cual es muy amiga de Carietta, me ha sorprendido esta mañana aludiendo que en casa de Bob no sabían nada respecto a la búsqueda de su hija. —La boca del alcalde era todo, escupitajos blancuzcos—. Esta mañana mi hija fue en busca de Carietta que vive al lado mío y le dijeron literalmente que la policía de este pueblo era una mierda porque no habían iniciado la búsqueda de la pequeña. ¿Sabéis las lágrimas que ha derramado mi hija por esto?

Aston cabeceó cabizbajo.

—Verá, señor alcalde. Resulta que tenemos un problema mucho más gordo y...

—¡Y es más importante que buscar a la única hija de Bob! ¡Me da escalofríos pensar en ello!

Arnie esta vez extendió su mano y se zafó en el cinturón ceñido del alcalde, quien lucía una buena barriga cervecera. Sus ojos estaban desorbitados y tenía el pelo como una panocha a punto de ser recolectada. Todo largo, deslavazado y amarillo.

Jack y Andrew mantenían las distancias, pero estaban en alerta. Aunque fuera el alcalde de Boad Hill, si perturbaba la tranquilidad en la comisaria, ellos podían detenerle por desorden y desobediencia a la autoridad.

Algo que seguramente Dan ya sabía.

—Tenemos que pensar un poco en todo. Nada más. —Ahora Aston mostraba las dos palmas de la mano como si le apuntaran con un revólver.

—¿Pensar? Ya veo que tienen mucho que hacer esta mañana. Tocarse las pelotas y quítame esa mano del pantalón —ladró Dan dándole un codazo a Arnie en la mano.

—Aunque parezca mentira, sí. Tenemos mucho que pensar esta mañana. Tenemos un asesinato de una niña descuartizada.

De repente toda la comisaria se hundió en un lago de silencio que lo absorbió todo. Hasta el ruido de los coches zumbando fuera, en la calle.

—¿Qué acaba de decir? —Dan parecía realmente desconcertado y sus labios manejaron posturas difíciles de describir por la forma en que se movían.

Aston bajó las manos y Arnie retrocedió un paso para atrás. Parecía que la cosa iba calmándose o quizá era la eterna calma antes de la tormenta.

—No tenemos su cabeza, pero ha aparecido una niña de poca edad descuartizada. —El dedo índice de Aston hurgó su nariz—. Estoy en la fase en la que hay que enviar los restos al forense para identificar quien es...

—¿No será Carietta verdad? —El cabello liso y despeinado del alcalde se movió hacia un lado.

—Creemos que no se trata de ella —respondió un Aston ahora claramente confundido. Se sacó el dedo de la nariz.

—Por su bien, espero que no —amenazó Dan apretando los dientes. Esa cría no merece esto. Por Dios, cómo se puede estar tan pasmado delante de un crimen de esta brutalidad. Porque ha dicho que está descuartizada, ¿verdad?

—Sí.

—Había ropa, es decir, ¿han encontrado ropa de esa pobre desgraciada? Dios me da náuseas hablar así de algo tan espantoso. —Se llevó la mano a la boca y se secó la saliva.

—No. No había ropa. Por eso no podemos adelantarnos a los acontecimientos. Y no creo que sea Carietta.

—¿Cuándo la encontraron?

—Ayer.

—Ayer se denunció la desaparición de Carietta.

—Sí. Eso es verdad.

—Entonces todo coincide...

—No del todo —le cortó Aston levantando de nuevo la mano—. Los restos parecen estar en avanzado estado de descomposición —explicó.

Se estaba equivocando.

Solo era el calor que aceleraba la descomposición y como resultado despedía el fétido hedor a carne podrida. Cada pedazo de ese pequeño cuerpo estaba impregnado de tierra, astillas y trozos de hojas secas.

—Tendría que haberme informado de esto Aston —explicó el alcalde con unos ojos desorbitados. Todavía más que antes de entrar a la comisaria.

—Esto no funciona así. Aquí cada cual tiene su cargo y yo decido que hago.

Dan no contestó.

Su mirada se quedó perdida en la pared de enfrente.

—Alcalde, regrese a su oficina y la mantendremos informado —acució Arnie desde una distancia prudente. Una mesa estaba cruzada detrás de él.

Dan cabeceo dos veces y dijo:

—está bien. Confío en ustedes. Siento todo este alboroto, pero compréndanme...

—Lo entendemos señor Dan —dijo el sheriff con los brazos laxos al lado de su cuerpo—. Todo esto nunca ha pasado en este tranquilo pueblo.

—Pues no. La verdad es que nunca ha sucedido nada. —El alcalde

empezó a darse la vuelta para salir de allí, pero antes añadió una pregunta—. ¿Dónde está la niña descuartizada?

Aston movió la cabeza hacia una puerta blanca que estaba cerrada.

—Allí dentro. En bolsas.

Dan se llevó la mano a la boca.

—Dios que pestazo hay aquí. Con todo el alboroto no lo percibí. Parece que hay decenas de perros muertos ahí dentro. O quizá debiera decir ratas, pero hay una pequeña niña con muchas ilusiones rotas. Espero que atrapen al asesino o asesina. Es realmente espantoso.

Se dio la vuelta y salió por la puerta a lo grande, dibujando detrás de él, sobre el suelo, una sombra copia de su figura, que se movía al ritmo de sus pasos jugando con los dedos del sol.

Aston se sentó en una de las mesas. Había dos. Y se sintió verdaderamente mal por todo esto.

Aunque ahora ya sabía qué hacer.

—Vamos a enviar a Gruber los restos de la pobre niña y empezaremos a buscar a Carietta en el bosque. Os quiero en forma.

—Señor, ¿quién es Gruber? —Le preguntó Arnie asomando sus ojos a través de los grandes ventanales de sus gafas.

—El forense, Arnie. El forense.

Y se fue derecho a su despacho sin cerrar la puerta.

Se quedó rumiando largo y tendido.

Hasta que llegó el momento de moverse.

—Mi hermana me ha hablado de ti esta mañana —dijo Denny mientras

caminaban bordeando el camino del lago. El calor se hacía cada vez más insoportable y unas caprichosas gotas de sudor se restregaban por sus mejillas, que no se deslizaban.

—Ann —acució Peter con una sonrisa arrancada de cuajo. Su corazón latió dos o tres veces como una arritmia. Sintió una extraña mezcla de sensaciones al verla dibujada en su mente. Morena, con el pelo largo ya, y aquellos ojos brillantes. A esa edad también se puede enamorar.

—Pero ya sabes cómo son las chicas Peter. No te hagas ilusiones. No al menos de momento.

—Yo solo quiero que sea mi amiga —aseguró Peter con toda la inocencia del mundo. Las gotas de sudor se quedaron congeladas en su rostro casi blanquecino. Iba andando con el cuello doblado hacia adelante, igual que Joe, pero éste iba por detrás con una ramita en una mano y mirando al agua del lago, que estaba como una mancha de aceite. Quieta.

—Siendo yo tu amigo, da por hecho que mi hermana es conocida para ti. Aunque no hable mucho contigo. Seguro que es una buena amiga.

—OK.

Siguieron caminando unos dos minutos más, pero en silencio. Los cinco buscaban con sus miradas algo como un cabello rojizo o una mano inerte apuntando con el dedo corazón al cielo. Deseaban encontrar algo. Y ni tan siquiera se dieron cuenta de que lo que estaban pensando era igual de macabro que lo que había descubierto Peter el día anterior.

Era como si no la desearan ver viva.

Entonces, de pronto se les cruzó algo en el camino. Era un trozo de tela de color rosa. Estaba cubierta de polvo, tierra y algo oscuro en una de las esquinas. Parecía una tela acartonada y eso de la esquina parecía lodo seco, pero no era así.

Se detuvieron de golpe, como si una serpiente hubiera levantado su cabeza y les mostrara su bífida lengua.

Peter había abierto sus brazos que eran bastante largos y frenó el impulso de Denny y Joe.

—¡Mirad ahí! ¿Es eso una camiseta? —Joe estaba señalando la tela que no brillaba especialmente desde el suelo.

El silencio se cernió sobre ellos tras la repentina parada. Los repiqueteos de sus talones habían cesado y ahora solo podían escuchar sus corazones palpar en sus sienes, como tambores de guerra.

—Es un trozo de tela —dijo Peter Bray con los ojos bien abiertos, en un momento en el que aquella mano purpúrea se adueñó de su imaginación. El corazón no le daba tregua y el secreto se resistía a salir a flote. Había calado hondo en su estómago y se había convertido en un dolor constante en sus tripas.

Con mucho ímpetu rodearon ese pedazo de tela, ahora centro de atención de todos. Ya no importaba el calor ni lo quieta que estaba el agua a un lado. Ni tampoco las ranas dando por saco sobre las piedras. No importaba nada, más que ese pedazo de tela.

Fue Peter quien disimulando su curiosidad, se puso primero en cuclillas y extendió su mano. Ya lo había hecho una vez recordó y un rayo le atravesó el cuerpo. Ahora sus dedos estaban a punto de rozar la tela que cada vez se hacía más y más grande y aquella mancha parecida al chocolate, le despertaba una cierta sospecha de que era sangre.

—¿Es una camiseta? —insistió esta vez Tommy con sus pómulos enrojecidos.

—No lo sé —graznó Peter. Sabía disimular muy bien. Había visto todos aquellos trozos de carne sin ninguna tela alrededor. Había concluido que la niña estaba desnuda. Había adivinado que alguien con la mirada casi bizca la había matado. Esa sangre en sus ojos. Ahora esta.

—¡No seas pesado! —lidió Denny mirándole a los ojos. Estaban apiñados como los jugadores de *rugby*. Solo les faltaba abrazarse y golpear sus puños.

Peter en el centro.

Agachado.

Cuando las yemas de sus dedos tocaron un extremo de la tela, algo

sucedió dentro de él. De repente sintió un zumbido intenso y casi mareado se sumergió en un universo oscuro. Era como si hubiera apretado con fuerza los ojos y los parpados pesaran una tonelada. Esa oscuridad duro más de veinte segundos. No los contó, pero le pareció que el tiempo era excesivo para estar a oscuras. Una angustia se apoderó de él y de pronto empezó a recuperar la visibilidad. Eso fue cuando retiró sus dedos de la tela rosa. Miles de puntitos oscuros nublaron su vista hasta desvanecerse como los copos de nieve.

—¿Qué es? —preguntó Rosemary.

Peter no contestó.

Todo a su lado parecía ser zumbidos.

—¡No ves que es un trozo de tela! —profirió Joe. Su cabeza parecía la de una jirafa en medio de un grupo de elefantes paralizados.

Ahora Peter volvía a escuchar todo con claridad y esa pantalla negra había desaparecido. Recordó que eso mismo le había sucedido el día anterior, pero después había visto algo. Esta vez no y no sabía que le estaba sucediendo. Un terror le invadió por dentro y trató de disimularlo a toda costa. Sus ojos dilatados lo delataban, pero nadie se dio cuenta de que estaba asustado y preocupado.

Se puso de pie lentamente y dijo:

—Es un trozo de tela y eso oscuro parece sangre seca. No sé si de un animal o de qué. —Peter no quería ni hablar de la posibilidad de que ese pedazo de tela perteneciera a Carietta, aunque él había visto cosas.

—¿No será sangre de Carietta verdad? —preguntó Tommy dando un paso atrás.

—Que bobadas dices —dijo Joe arqueando una ceja—. Será de un animal herido. Port aquí hay muchos cepos. Tenemos que tener cuidado con ellos.

—¿Para qué narices querrán poner cepos en un lugar tan tranquilo? —inquirió Rosemary. Después de eso señaló hacia el fondo. Allí había una pequeña cabaña deshabitada. Estaba flotando sobre el agua y unida a un puente hasta la orilla. Se podía ver el reflejo desfigurado desde esa distancia.

—No lo sé —contestó Denny encogiéndose de hombros.

—¿Podemos llevarnos esa tela? —Tommy estaba jugando a ser policía y en algún momento había dicho algo que no debía. Las pruebas no se tocan hijo, le había dicho una voz interna.

—No se debe de tocar nada y menos cogerlo. Hablaremos con el sheriff Aston y que se encarguen ellos. Nosotros mientras tanto, seguiremos buscando el cuerpo de Carietta. —La retórica de Joe no había quedado nada mal. Era un chico listo.

Peter sintió escalofrió al escuchar el nombre de Aston.

—¿Es que Carietta está muerta? —preguntó esta vez Tommy con un tembleque en la voz.

—No lo sabemos. Es un decir. ¿Está desaparecida no? —Joe había extendido sus largos brazos bajo el sol copioso de ese día.

Todos se encogieron de hombros.

Denny marcó la zona de la tela con un círculo dibujado en la tierra con la ayuda de una rama seca.

Después, continuaron su búsqueda.

Hacia el fondo del lago.

Peter había visto el «Brillo» por segunda vez y estaba asustado.

Ellos llegaron después, pero en el lugar donde habían encontrado los restos de aquella pobre desgraciada que tenía todos los números de ser Carietta. Sin embargo, como decía Dan, el alcalde; la esperanza es lo último que se pierde.

Él también estaba allí; Bob el Grande. Con los ojos hinchados, rojizos y lagrimosos. Su mujer no tenía fuerzas para nada. Se había quedado en casa.

Aston no les dijo que ese, era el lugar donde encontraron esos pedazos. Sin embargo, quedaban huellas de la escena del crimen como, identificadores y cinta de plástico.

Aunque era el mediodía ya, el sol no se atrevía a pasar por entre las ramas. Éstas eran más densas y pobladas que otros años y un resquicio de esa luz preciada estaba toda ausente en el suelo. Ninguno de sus rostros enjutos brillaba y parecía que estaban vagando por la penumbra.

—Creo que no ha sido buena idea que nos siguiera señor alcalde —dijo sin ninguna expresión en el rostro el sheriff que, ahora sí, tenía un palillo rodando entre sus dientes y el sombrero de fieltro hundido en su cráneo.

—Bob necesita saber dónde está su hija. Mi hija es la que me ha insistido en que les siga. Ella está desconsolada y no podía permitirme el lujo de esconder algo así...

—La búsqueda. Sí, ya lo sé —le interrumpió Aston quien con los brazos en jarra estaba mirando por encima de los hombros todo aquel paraje. Unos frondosos árboles soportados por sus gruesos troncos difíciles de abrazar. Y toda esa hojarasca seca en el suelo. Arbustos y mala hierba. En todas partes siempre sobrevive una mala hierba que aún está verde. Contrastaba con el paisaje a veces rojizo de las hojas más grandes.

—Como alcalde y amigo de Bob, debo comprometerme en esta tarea. Quizá todo el pueblo debería de saber esto. Estar todos unidos aquí. Estos parajes son muy extensos y ella podría estar arrinconada detrás de cualquier árbol. Mira a tu alrededor. Hay miles. —Los ojos de Dan estaban enrojecidos. Al igual que su nariz. Un moco le pendía del orificio derecho.

—Está bien. Usted gana señor alcalde. No hay mucha gente como usted. Todos se dedican a robar...

—¡Ey! —El alcalde estaba apoyado con una mano sobre la portezuela de su coche. Un Ford.

Aston estaba a un metro de él.

Sus hombres trataban de salir de sus vehículos. Unos segundos después se escucharon los golpes secos de las mismas al cerrarse y las hojas rojas o

verdes de los arboles recibieron el destello de aquellas jodidas luces azules y amarillas. Bob se preguntó por qué narices las tenían encendidas en ese preciso momento. El hombre grande, salió de su asiento de copiloto con gran esfuerzo. Entonces la suspensión botó hacia arriba como una bola.

—Quiero empezar a buscar a mi hija —dijo, con ciertas ansias en su tono de voz.

—¡Pues empecemos! —exclamó Aston ya de espaldas a ellos. Estaban en la entrada de un camino rural. Los arboles estaban flanqueando el lado izquierdo y la ladera era pronunciada. Las hojas muertas lo recubrían todo.

Arnie se encaminó hacia su jefe con aire de listillo.

—Podemos ir en dos grupos —dijo.

Aston no le contestó.

—¿Qué demonios es toda esta cinta de plástico? —preguntó Dan acercándose a ella. Unos dedos regordetes atraparon el suave tacto de la cinta. Sus ojos estaban muy abiertos y tenía las cejas enarcadas.

—Nada—dijo Aston sin volverse. El palillo ya estaba rodando como las ruedas de un tren sobre las vías.

—¿Ha sucedido algo que yo no sepa? —El alcalde estaba comenzando a ponerse muy nervioso. Le sudaba la frente y sentía una sed insaciable. Había olvidado algo.

—Ayer se le escapó una vaca a Homer y fíjate tú que la encontremos aquí herida de una pata. No fue nada aparatoso.

—¿Una vaca?

—Sí. ¿Le resulta extraño?

—Una vaca sí, pero no un perro. Además, Homer vive a dos kilómetros de aquí.

—¿Ha contado usted los pasos?

—No. ¿Está riéndose en mi cara?

—No. Es verdad —mintió Aston sin dar la cara que empezaba a estar enrojecida como un tomate.

Arnie pareció soltar la risilla floja.

—¡Ah! Ya sé. Ayer ustedes encontraron esos restos aquí. No fue una vaca. —Dan ya recordó.

Aston se dio la vuelta repentinamente y el sombrero de alas anchas salió despedido de su cabeza, como si una mano invisible lo hubiera tirado al suelo como un proyectil.

—Pero no es Carietta —dijo con una mano tapándose la boca.

Bob el Grande estaba mirando al sheriff y al alcalde con aspecto hosco. Estaba desconcertado y sus labios se movían como si estuvieran secos. La punta de la lengua asomaba por encima de ellos.

—¿Qué están discutiendo? ¿Se trata de mi hija? He odio algo sobre restos, ¿qué significa restos?

Dan le puso la mano sobre el hombro casi inclinándose de puntillas y dijo:

—No es nada Bob. Ayer ocurrió algo fuera de lugar y no tiene que ver con tu hija. —La verdad es que Dan estaba empezando a dudar de si lo que había dicho era del todo cierto, rumor, compasión o una duda existencial.

Bob el Grande se relajó respirando profundamente. Era como una maquina pesada que funciona con vapor. Se va el vapor y el ruido se desvanece, así como las vibraciones de la olla, el motor o el puto cilindro.

—¿Pero qué ocurrió? —Bob no estaba del todo tranquilo.

—¡Nada! —ladró Arnie con tanto esfuerzo que casi se le caen al suelo.

Los agentes Jack y Andrew estaban atónitos al lado de ellos, formando un círculo vicioso de verdades y mentiras. Pero no dijeron nada.

—Pues empecemos a buscar a mi hija —dijo Bob adentrándose entre los árboles como una gran mole aplastando todo cuando se interponía delante de él.

Aston le guiñó el ojo a Dan y este se encogió de hombros.

Al parecer, todos guardaban secretos en Boad Hill.

Absolutamente todos.

19

Más que buscar, estaban jugando en el puente de madera que llevaba a la cabaña gris. Alguien, ellos no sabían quién, la había construido y dejado a la bondad de todos. Algunos domingos había gente, sentados en ese mismo puente esperando pacientemente a que la boya que atrapaba el plomo diese una sacudida. Como si alguien escupiera en el agua. Formando círculos que iban creciendo cada vez más deprisa y multiplicándose como las ondas del sonido. Entonces soltaban una carcajada y tiraban de la caña que se doblaba por momentos. Había quien había dicho que allí se pescaban hasta crías de tiburón. Eso era una exageración.

Tommy estaba lanzando piedras que había cogido previamente del camino, hacia la superficie plana del agua y veía como éstas planeaban sobre ella, dando extraños saltitos a la velocidad de un rayo. Después se detenían y hundían para siempre. El agua era cristalina y el sol se veía la cara en ella. Sus cogotes, calientes como un tronco en el fuego; mostraban el sudor casi amarillento. Se habían quitado las camisetas; excepto Rosemary. Aunque todavía no tenía tetas le daba bastante pudor enseñarlo todo.

Y eso estaba bien.

Joe tenía la mano abierta pegada a su frente haciendo como que tenía una visera de una gorra. Estaba mirando a lo lejos. Más allá del agua infinita. Hacia las montañas rocosas. Los somorgujos estaban ahí, por supuesto y otras aves que no distinguía ver y que tampoco conocía por su nombre, volaban a gran altitud. Eso era bueno. Significaba que abajo no había carroña.

Denny estaba sentado sobre las tablas del puente gris, con los pies metidos en el agua. Le gustaba sentir el frescor de la misma. Cuando sacaba los pies era como si los pusiese sobre una barbacoa. Estaba alejado de ellos.

Peter y Rosemary.

Ambos estaban casi en la entrada de la cabaña y una de las esquinas, les proyectaba una sombra certera que les podía dejar hablar con tranquilidad. Sin que ese aire pegajoso se agazapara en sus pulmones y los estrujara en una asfixia sin fin.

—¿Crees que la encontraremos? —Le preguntó ella.

Peter no sabía qué contestar. Se paseó por los recuerdos de aquellos trocitos y esa mirada lunática y le temblaron los dedos. Así de extraño. En lugar de la voz, le temblaron los jodidos dedos.

—Tengo la esperanza de que sí —dijo, pero no estaba seguro de ello. No. No lo estaba en absoluto.

Sus pies no estaban dentro del agua, aunque estaban sentados. Sintiendo como la brisa-como si fuera una playa-les acariciaba sus sudorosos pómulos.

—Hay momentos en los que pienso que no la encontraremos —acució Rosemary mirando a una de las tablas. Allí no había hormigas—. Porque es realmente imposible que un cría tan pequeña como nosotros haya llegado hasta aquí con el fin de, ¿qué?

—Nosotros estamos aquí ahora. Pudo venir en bicicleta.

—Eso lo dudo.

—Bueno, piénsalo de otra forma.

—Yo creo que ha sido obligada a marcharse...

—¿Marcharse? —Le interrumpió Peter mientras una mirada seria se apoyaba en el rostro de ella.

—Ya sabes. Raptada.

—Piensas mucho Rosemary.

—Es solo una sugerencia. Una posibilidad. Peter. Ella es más pequeña que nosotros y no tiene pandilla. Dudo mucho que pudiera andar más de doscientos metros.

—Hablas como una vieja.

—No. Hablo como una niña que madura muy rápido.

—Bueno... Eso está bien. —La voz de Peter había sonado algo rasgada pese a que era solo un crío. De mayor tendría la voz más ronca del mundo, o mejor dicho, más grave.

Se miraron los dos. Sus ojos blancuzcos eran como dos canicas blancas. No se gustaban, pero se miraron largo y tendido. Rosemary esbozó una sonrisa y sus pecas se movieron de sitio al tiempo que la piel suave al tacto, se estiraba como un plástico. Peter no la había acariciado de milagro. Sin embargo, él era para la hermana de Ann. Su corazón era para ella. Y pensó que quizá Rosemary sintiera algo por él.

Estaba confundido.

O quizá no.

El caso es que no le había tocado la mano y el «Brillo» no le podía mostrar nada nuevo. Ese nombre se lo había puesto su madre. Ella lo mencionaba siempre, porque su tío lo tenía. Pero no se había dirigido directamente a él. Y él creía que tenía ese don. Estaba seguro de que si quería, si se esforzaba un poco, al tocar la mano de Rosemary vería algo tan siniestro y oscuro como la propia noche. Después de esto, no lo había pensado. Quizá vería su nombre pintado en una de las esquinas de su cerebro.

—Peter.

Él sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—¿Quieres poner tu mano en mi pecho?

Un subidón de adrenalina se inyectó en las venas de Peter quien abrió repentinamente más sus ojos, hasta tal punto de que podían haberseles caído al suelo.

—¿Estás segura de lo que has dicho? —Esta vez su voz sí que sonó más grave y después se quebrantaba como un pito—. Ya sabes que no siento cierta atracción por ti... bueno... estás bien y eres guapa y todo eso, pero no me

apures... —Peter no sabía encontrar las palabras adecuadas. Se había hecho un lío. Como su lengua.

Ella le miraba con ojos eclipsados.

—Solo quiero que sientas mi corazón, para que conozcas cómo me siento en estos momentos. No es nada malo. No diré nada.

—Están casi al lado nuestro. Nos verán.

—No.

Ella le cogió de la mano y se la llevó a su pecho, apretándola con fuerza.

—¿Qué haces?

—¿Sientes mi corazón?

Peter estaba jadeando. Tenía miedo de que aquello siniestro volviera a aparecer. Tenía miedo de que ella se hubiera enamorado de él. Tenía miedo de que lo vieran. Tenía miedo de todo.

—Sí. Claro que lo siento. Late muy deprisa.

—Porque tengo miedo Peter.

De repente era como si un gran peso se hubiera olvidado de Peter. Lo había sostenido sobre su espalda y ahora se sentía liberado. No sucedió nada más.

—Yo tengo mis cosas también —farfulló Peter. No estaba seguro de qué contestar. El sudor que se había extendido hacia su mentón, siguió su curso por el cuello.

—Creo que todos tenemos algo de miedo.

—Sí. Eso creo yo también.

Pero Peter tenía además un secreto.

Y esta vez no vio ninguna sombra, no sintió ningún zumbido y no sucumbió a nada.

Sus relojes y el sol, siguieron su curso siempre mirando hacia adelante.

Avanzando.

20

Y avanzado seguían los agentes del sheriff, Dan y Bob rastreando toda la zona. No vieron nada aunque sí había algo. Un pulgar seccionado. Estaba bajo una piedra, pero la uña ennegrecida asomaba por un lado. Bob el Grande pasó por su lado sin verlo. Sus ojos parecían tener la mirada pérdida y solo buscaba a la altura de su pecho. No esperaba que su hija estuviera muerta. No al menos eso. Aunque era verdad que, no sabían nada; absolutamente nadie, hasta los resultados del forense. Gruber tendría la clave, pero no así las huellas del asesino. Eso no estaba asegurado de antemano. Tenía ya dos cuerpos. Dos guitarras rotas. Sin vida. Sin ilusión.

—Esto se está poniendo feo —dijo Arnie observando los troncos de los árboles del bosque que se alzaban ante sí como postes de luz. Gigantes y altos hasta el infinito. Donde solo los pájaros llegaban. El sol estaría sobre las copas de los árboles jodiendo, pero ellos no lo veían.

Solo había sombras.

—Te tomas las cosas muy en serio. No desesperes —acució Aston que estaba a dos metros de él. Le había escuchado alto y claro—. Una búsqueda no se hace en una hora ni en dos.

—Dudo que la encontremos.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Este sitio está muy lejos de su casa. Lo más probable es que se haya perdido en un entorno más cercano...

—Ya, pero es aquí donde encontramos esos pedazos dispersados —le atajó el sheriff mientras enarcaba una de las cejas.

Bob el Grande estaba a unos cinco metros de ambos, pero llegó a sus oídos algún susurro.

—Hablan demasiado de esa cosa que encontraron. ¿Qué era? Hablan de pedazos, trozos, restos, ¿qué ocultan? Antes hablaron de lo mismo. —Bob se había detenido y vuelto hacia ellos retorciendo su barriga como una toalla escurrida.

Aston le buscó con su mirada.

Todo era verde, pero algo rojo destacaba en el paisaje. Eran hojas. Simples hojas marchitadas.

—No nos haga caso. Estamos hablando de otras cosas que no vienen al caso. Son asuntos nuestros.

Bob no se quedó tranquilo y su corazón bombeó un litro de sangre por segundo. A punto de reventar su bomba.

—No sé si creerles. Siempre fueron tan inútiles...

—¿Qué? —La voz de Arnie sonó como un pito.

Jack que estaba separado a unos cuatro metros hacia la derecha soltó una risilla de perro.

—Nos tienen como a unos tontos —susurró, pero nadie le escuchó.

Andrew se limitó a mirarlos a todos fijamente. Con semblante serio. Se subió ya de por sí, su cinturón ceñido y se metió los calzoncillos por la raja del culo.

En realidad el papel de estos dos agentes era nulo.

Bob tenía razón.

Solo el alcalde parecía poner especial énfasis en las cosas en el jodido pueblo de Boad Hill. Y ahí estaba él, remangado y sudando como un cerdo, para ayudar a su vecino. Al padre de la amiga de su hija. Carietta.

Y no se quejaba no veía sombras en todo este asunto.

Su mente era positiva.

—Vamos chicos. Tenemos que seguir buscando. No puede estar lejos
—aseguró Dan mientras miraba al suelo sin saber por qué.

Aston cabeceó un par de veces.

—¿Cómo está tan seguro de ello señor alcalde?

—Porque la esperanza es lo último que se pierde.

Y tenía razón.

Mucha razón.

De modo que siguieron peinando el bosque y pasaron justo al lado de la cabeza de aquellos ojos abiertos que ya no veían la luz.

Aunque no la vieron ellos tampoco.

21

Hacia tanto calor que daban ganas de bañarse en el lago, pero debían cumplir con su cometido. Carietta era la prioridad y Peter seguía sujetando su particular secreto que quería salir como un grito de su garganta.

Aquellos ojos.

Aquellos pedazos.

Ni Tommy, Rosemary, Joe o incluso Denny, sabían nada de todo eso.

Bajo el sol caluroso de ese día de verano, que se hacía ya tan largo como una carretera en el desierto, reanudaron su búsqueda de nuevo.

Y encontraron algo más.

22

—Jack, regresa a la comisaria por si realizan una llamada de teléfono

—ordenó el sheriff mientras agitaba su mano.

El alcalde se detuvo y volviéndose dijo.

—¿Espera alguna llamada?

—La verdad es que sí.

—Dios, espero que no se confirme. —Su timbre de voz hizo un trémulo.

Bob enarcó ambas cejas. Se estaba poniendo nervioso.

Jack se encaminó hacia el coche patrulla que todavía estaba brillando como un coche de feria a lo lejos, sin apenas llegar a ver las luces fastidiosas y soltó un ruido extraño por su garganta.

Era otro imbécil que no sabía nada.

U otro estúpido que no quería relacionar nada y no creer en lo fatal.

23

Mammi sabía que lo de las muñecas rotas no era verdad. Sino que se refería a lo que había descubierto Peter. John que seguía sentado en el sofá ese día, después de hacer una jornada laboral algo accidentada, debido a que tenía su mente en otra parte, tenía el semblante serio.

—¿No está tardando mucho en venir? —preguntó con el pulgar metido en la boca. Su uña estaba mordisqueado hasta la carne, que casi sangraba.

—Hay veces que viene más tarde. Ya sabes que hacen las pandillas cuando se van en bicicleta de excursión.

—No han ido de excursión.

—Bueno, eso ya lo sé John.

—Han ido a buscarla. Es algo simbólico para mí...

—¿Por qué? —Le interrumpió su esposa que trataba de sentarse en el

sofá de la única manera que sabía hacerlo. Dejándose caer.

—Algo me dice que eso que ha encontrado nuestro hijo, es ella.

Mammi no contestó de inmediato.

La televisión murmuraba en el fondo de la pared.

—No hay que pensar eso John. Eso sería terrible.

—Pues creo que será así. Espero que llegue antes de que oscurezca. No querría ser el siguiente en buscar, en este caso a mi hijo. Estoy intranquilo.

La mano caliente de ella le tocó el hombro.

—No seas negativo John. No sucederá nada.

Y sucedió.

24

Ahora todo tenía que dar un giro inesperado. Un giro aterrador. Algo premonitorio. Algo perturbador. Todo se daría la vuelta. Para mal. Y todo giraría en un mismo sentido.

Todo.

25

Llegó a tiempo. Aquella jodida chicharra estaba sonando como una condenada. Era el puto teléfono y estaba sonando en el despacho del sheriff y sobre una de las mesas de la comisaria. Aquel típico timbre que siempre hacía a uno girar la cabeza, estaba retumbando en las paredes casi vacías de la comisaria. No había apenas fotografías de sospechosos, personas a la que buscar-no estaba Carietta-ni tampoco había hojas informativas. Todo estaba en penumbras. Y el sol se quedó atrapado en la misma puerta.

—Aquí la oficina del sheriff Aston, ¿dígame?

—¿Eres tú Aston?

—No. Soy el agente Jack. Aston me envió aquí por la presunta posibilidad de que hubiera una llamada de teléfono y veo que ha acertado el cabrón. —Tras decir esto, se tapó la boca con la mano que tenía desocupada.

—Jajaja, cabrón, pues sí que le quieres —acució la voz grave desde el otro lado de la línea. Sonaban entremedias, unos chasquidos muy habituales que la compañía de teléfonos aludía a las ratas mordisqueando los cables que pasaban a gran altura de poste en poste. Si aquellas jodidas ratas trepaban como ardillas.

—No quise decir eso. ¿Quién es usted?

—No se lo diré. No te preocupes. Soy Gruber. ¿Te ha hablado de mí?

Jack asintió con la cabeza como si lo estuviera viendo, pero eran muchos kilómetros de distancia y uno no se podía ver en un micrófono o en el auricular.

Esbozó una cínica sonrisa que tampoco vio Gruber.

—Sí, sé quién es.

—Bien. Pues empecemos por una de las dos noticias.

Jack enarcó las cejas y su corazón empezó a debatirse entre una carrera y una explosión.

—¿Dos noticias?

—Sí.

—Está bien. Escupa. Se lo contaré a Aston.

—¿Que escupa? Eso está bien. Buen lenguaje.

—Bueno, es que por aquí hablamos un poco sueltos.

Se escuchó una risilla en el otro lado del teléfono.

—Bien. Vamos allá y dejémonos de tonterías. No he llamado para

charlar sino para informar.

—Soy todo oído.

—Ha aparecido otra niña descuartizada. Esta vez viene de camino desde Dewinston. Tampoco han encontrado la cabeza. Al parecer estamos ante un asesino en serie obcecado con ocultar las cabezas de sus trofeos. Y además es un pueblo que está entre Road Mill y el vuestro. Esto significa que el asesino está cerca y que podría actuar una vez más o quizá dos veces...

—¿Pero sabe a quién pertenecen los restos de nuestra particular niña?
—Le interrumpió Jack mordiéndose el labio superior. Casi se hace sangre. Un lacerante dolor cubrió su rostro y abrió la dentadura.

—No me interrumpa señor agente. Es muy importante lo que le estoy hablando. Solo explico las cosas una sola vez. Si me interrumpe de nuevo colgaré y tendrán que viajar ustedes cientos de kilómetros para verme. ¿Está de acuerdo?

—Sí. Está bien. —Jack que estaba encorvado sobre la mesa y con el auricular pegado a su oreja; se dejó caer en la silla que estaba al lado. No tuvo que arrastrarla, de modo que el único ruido fue el de su culo golpeándose con la silla.

—Los putos intercomunicadores no tienen un alcance bueno, por eso he llamado directamente por teléfono. La otra parte es que no he podido comprobar si la niña es Carietta, o los restos de ella. Necesito una muestra de ADN para comprobar si es ella o no. ¿Tan estúpidos son que no enviaron la puta muestra?

Jack había escuchado bien; el forense Gruber también decía tacos.

—Bueno, eso no lo llevo yo. —Jack no sabía dónde esconderse. La lengua dorada del sol no estaba en la puerta y ella si se había escondido. Las luces azules y amarillas de su vehículo estaban destellando bajo el sol. Eso no se había escondido. Esas jodidas luces tan absurdas.

—Pues debería. Siempre dije que los policías, agentes o lo que sea, son unos inútiles. De los tres cuerpos, ninguno está identificado. Porque los tres putos sheriff no han enviado una muestra de saliva o un piojoso pelo de la

familia.

Gruber estaba casi al borde del grito, pero no lo hizo, porque no habló más.

Había colgado.

Jack, con cara de idiota se quedó mirando el auricular mientras de fondo se escuchaba un tono intermitente que indicaba fin de la historia.

Después colgó con un clic y con cierta lentitud se llevó la mano al hombro, donde tenía el micrófono del intercomunicador y su dedo pulgar pulsó el botón emborronado. Aquel chisme parecía un sapo oscuro sobre su hombro.

Y habló.

26

No brillaba, pero parecía emitir un destello para Peter. Él parecía encontrar con un sexto sentido todas las cosas. También era el único raro en todo el pueblo.

—¡Mirad ahí! —Su dedo índice minúsculo y casi temblequeando, señaló algo que se cruzó en su camino. Justo al final del camino del lago. Un lugar donde había una cueva abandonada. Además, estaba cerrada a cal y canto por una gran piedra que entorpecía la entrada. Pero eso que señalaba estaba a dos metros de ese hueco. Casi hincado en la tierra.

—¿Es eso una zapatilla rosa? —inquirió Tommy agudizando la vista.

Joe asintió con la cabeza.

—Parece que sí. Vayamos a verlo. —Se apresuró en la marcha y daba extraños saltitos como una rana.

Rosemary fue la última en rodear el elemento.

—Parece una zapatilla de una niña pequeña. Mirad su tamaño. —No había descubierto realmente gran cosa, pero Rosemary se sentía satisfecha por

lo que había deducido.

La zapatilla estaba llena de tierra y había unas gotas oscuras sobre el color rosa y en los cordones. Esas gotas eran más oscuras y terrosas. Peter fue la segunda vez que se agachó para extender su mano ante la atenta mirada de los demás.

Su dedo rozó el borde de la zapatilla por el lado del tobillo y entonces algo le sacudió como si le hubiera atravesado un rayo por el culo. Sus chicos agrandaron sus ojos e incluso había alguna que otra boca muy abierta. Como si tuviera un vaso entero metido en ella. Lo habían visto convulsionarse joder.

—¿Qué te pasa Peter? —interrogó Denny preocupado—. He visto como saltabas con el culo.

—No... No sucede nada. Es solo que...

—¿Qué? —Denny parecía querer gritar.

—Me he retorcido una tripa al agacharme —mintió Peter. El secreto pugnaba por salir y sabía que de ese momento algo se iba a escapar y no era precisamente un pedo.

—¿Esas manchas son de chocolate? —preguntó Tommy cambiando de tema.

—No. Creo que no —dijo Peter. Al fin se le escapó algo. Había dicho que no le parecía chocolate. Eso le hizo enarcar todas las cejas de los demás, pero mientras tanto su dedo índice, mejor dicho, su yema acarició el borde de aquella mugrienta zapatilla.

—¿Qué es? —insistió esta vez Joe. Su largo cuello estaba doblado como el de un avestruz.

—Una zapatilla probablemente de... —Dejó de hablar porque la oscuridad le atrapó de nuevo. Se introdujo en ese universo real que estaba totalmente oscuro y empujó en él. Era como caminar por el pasillo de casa hasta el cuarto de baño sin las luces encendidas y sin una jodida huella de luz mezquina de la luna.

Denny, Joe, Tommy y Rosemary se miraron de reojo. No tenían fuerzas

para mirarse fijamente. Algo les decía que iba a suceder algo malo.

Peter sucumbió a la oscuridad y el dolor en las sienas. Tuvo náuseas y vio de nuevo algo sesgado. Era borroso, por lo que no pudo concretar qué era, pero escuchó algo. Una voz. Era la de un hombre y había dicho un nombre; Carietta.

—Peter, ¿te encuentras bien? Parece que estás en trance —acució Denny con unos ojos desorbitados.

—Es ella.

El calor del sol que ya estaba en el centro del cielo azulado se transformó en un chorro de aire frío de otoño. Las hojas rojas y se movieron un milímetro en el suelo. Querían levantar el vuelo, como los pájaros.

—¿Qué coño, estás diciendo Peter? —Denny estaba gritando y Rosemary le dio un codazo en el costado.

—Denny, no seas mal hablado.

Peter se irguió como un muelle. Sus ojos estaban tristes. No tenía absolutamente ninguna sonrisa en sus labios. Estaba serio.

—Os he estado ocultando algo todo este tiempo.

Las bocas de todos se agrandaron hasta proporciones desorbitadas. Sus ojos sobresalieron de sus orbitas cerca de un milímetro. Tommy tenía baba en la comisura del labio. Lo que ellos estaban pensando era; Peter sabe que ella ha desaparecido y algo malo ha pasado y nos lo ha estado ocultando todo este tiempo.

Pero no era exactamente así.

—Ahora sin tacos. ¿Qué has estado ocultando? —Tommy estaba pálido como la tez de un difunto. Sus brazos extendidos mostraban las palmas de sus manos que no hacían aspavientos.

—Yo sé algo que vosotros no sabéis.

Aquello parecía prolongarse hasta la eternidad.

—¡Vamos ya! —Joe estaba nervioso. Su corazón le dio un vuelco

cerca de sus tripas—. ¿Qué incógnitas debemos resolver?

—Ninguna. Solo deciros que ayer encontré algo. —Peter parecía encontrarse solo ante ellos. Y su mente se desvió a la imagen de Ann, la hermana de Denny. Visualizarla, le hacía sentir cosquillas en el estómago y de paso le hacía sentirse bien. Estaba atrapado.

—Ostras, esto se me hace cuesta arriba. —Tommy había dicho algo incoherente. Él si hacia aspavientos ahora.

—Encontré una mano seccionada.

Todos se quedaron atónitos.

Ahora el frío era lo más parecido a bañarse en medio del Polo Norte, junto a los gigantes osos blancos.

—¡Jooodeeerrr! —berreó Joe abriendo sus largos brazos. Parecía que quería abrazarlos a todos. No daba crédito a lo que había escuchado.

—¿Y entonces Carietta está muerta verdad? —preguntó Rosemary.

—Yo no he dicho eso. Ni el sheriff lo relaciona con eso. Era una mano y restos de alguien. No tiene porque ser Carietta. No sé nada más. —Peter sabía que había dicho una verdad a medias. Ocultaba la visión de aquellos ojos negros, tan siniestros como la propia muerte. Y ahora había escuchado su nombre; Carietta.

Carietta.

—¿Y no podías haberlo dicho antes? —Le preguntó Denny—. Que barbaridad.

Peter no respondió.

—Al menos, sabíamos que Carietta ha desaparecido —dijo Rosemary poniendo los brazos en jarra—. Otra cosa es lo que está contando. No sé si relacionarlo todo o seguir buscando.

—Seguiremos buscando —dijo Peter casi en un murmullo.

Ahora todos estaban más desconcertados que nunca. Estaban estupefactos de cómo podía haber ocultado una cosa así y seguía tan ancho

como un pavo hinchado.

¿Ocultaba algo más Peter?

Claro que sí.

27

El intercomunicador carraspeó como una moto vieja. Los ojos del alcalde buscaron el origen del ruido y al verlo arrugó los labios. Seguían rastreando la zona frondosa y habían dejado atrás las jodidas luces de sus vehículos, el pulgar y la cabeza con los ojos abiertos. Una cucaracha se paseaba ahora, sobre las corneas.

Aston movió el brazo y su mano cogió el micrófono. Se lo llevó a la boca, pero antes escuchó algo:

—Señor, Gruber ha llamado y dice que no sabe a quién pertenecen los restos de la pequeña. Me ha soltado una reprimenda porque no le hemos enviado ninguna muestra de cabello de la familia.

Bob el Grande se dio la vuelta repentinamente. Sus ojos se habían dilatado como dos platos. Apretó los dientes.

—Ese Gruber me parece a mí que no tiene ni puñetera idea — fanfarroneó Aston. Y no, no llevaba gafas de sol para ocultar su mirada. Se las había olvidado sobre la mesa. Un pensamiento dispar que le hacía desviarse del tema.

—¡He oído que tienen entre manos el hallazgo de una pequeña muerta! —exclamó en un grito que ascendía como el resuello de una chimenea de vapor. Bob estaba sudando en abundancia y ahora su corazón le martilleaba bajo su gran pecho.

Arnie corrió hacia él extendiendo los brazos. Una mano con los dedos estrangulados y abiertos se interpuso entre Bob y Aston.

—¡Bob! Se trata de otra niña —ladró Dan desde unos metros de

distancia. Casi necesitaba chillar, pero sabía que Bob lo había escuchado porque su gigante cuerpo se movió con más lentitud.

—¿Por qué estás siempre tan seguro Dan? —Le preguntó volviéndose hacia él.

Arnie le había tocado un brazo y sintió cierto respeto al tocar toda aquella musculatura.

—Porque velo por la seguridad de mis vecinos y me informo bien antes de todo. Aston y sus hombres encontraron una chiquilla muerta ayer. Eso es cierto, pero te juro que no era tu hija. No tiene nada que ver con tu hija. Bob, siempre me has creído, ¿verdad?

Bob cabeceó tres veces.

—Nuestras hijas siempre han estado muy juntas —dijo casi sonriendo.

—Por eso mismo. Ella se ha perdido al caer la noche pero la encontraremos detrás de algún árbol o una roca de estas. —el alcalde señaló a una de ellas, llena de musgo.

—¿Qué coño pasa ahí jefe? —Aston había tenido todo el tiempo el pulsador lateral hasta el fondo sin darse cuenta y Jack había escuchado gritos frenéticos—. ¿He dicho algo inapropiado en un momento inoportuno?

—Sí, capullo —dijo Aston moviendo los labios de forma retorcida. Tenía que girar la cabeza para hablar al jodido micrófono, porque era tan perro que no se molestaba en desenganchar el puto mecanismo de su hombro.

—También dice que ha aparecido una víctima más en Dewinston. Muy cerca de aquí y me asegura que todo es obra de un asesino en serie...

—¿Sí? No me digas. Lo supe desde que el pobre chiquillo de John me enseñara aquella mano en el suelo. Alguien cuerdo no hace estas cosas. —Le zanjó Aston.

Bob que había ido directamente hacia él, ya estaba más relajado y se había detenido. Era como un animal grande que trataban de domesticar a fuerza de mentiras. Dan le tocó el hombro.

—No pienses en lo peor Bob. Hay esperanzas. Todo eso que escuchas

es otra cosa. Al parecer hay un psicópata por esta zona, pero de ahí a pensar que tu hija... No Bob, no vayas por ahí.

—Confío en ti Dan —acució Bob, como un gran ignorante. Escuchaba cosas, pero no entendía. Escuchaba muchas cosas que le desconcertaba y Dan abría los ojos cada vez que escuchaba lo mismo que Bob.

Hay una tercera víctima, cerca de aquí.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dan y sus ojos se desviaron hacia arriba; descubriendo el cielo azul a través de las ramas de los árboles.

El agente Andrew seguía rastreando la zona como si nada hubiera pasado.

Como si nada.

28

Caminaron de retroceso hasta subirse en sus bicicletas y pedalear de nuevo, hacia el puente viejo por donde habitualmente, después de las tres de la tarde, pasaba el traqueteante tren. El suelo retumbaba bajo sus pies y salían despedidos por el golpe de aire que provocaba la gran mole al pasar justo al lado de ellos. Era una práctica habitual, peligrosa e inconsciente.

Pero ese día no.

Solo pasarían por ahí buscando a Carietta.

Una parte de ellos pensaba en encontrarla despachurrada sobre las vías del tren mientras decenas de moscardas zumbaban alrededor del cadáver, y la otra parte creía que no iban a encontrar nada, salvo el perro de Tom. Un desquiciado Pastor Alemán, que estaba medio ciego por su edad, pero que aún conservaba sus largos y afilados colmillos embadurnados de baba.

Y su mala leche.

Por suerte y no sabían por qué, los ladridos no se escucharon desde el otro lado de la valla que ahora estaba brillando bajo el empalagoso sol.

Sencillamente Turdo, que era así como se llamaba, no estaba. Tampoco había huesos en su terreno y no olía a meado.

Quizá ya estaba muerto.

—Turdo no está dando por saco —dijo jovial Tommy al tiempo que empujaba su bicicleta empuñando el manillar con sus dos manos. Tenía la espalda mojada de sudor.

—A lo mejor Tom se lo ha llevado a alguna parte —dijo Joe mirando la zona vallada del can. No había ni mierda en el suelo.

—Sí, a mear al otro lado de la vía. Ahora nos tropezaremos con él —explicó Rosemary con una vaga sonrisa en sus labios. También se encontraba empujando su bicicleta. Todos lo hacían mientras avanzaban lentamente sobre el camino de tierra que les llevaba a la zona más desértica de todo Boad Hill; las vías del tren.

—No creo, pero puede ser que se haya cargado a Carietta y por eso los tiene escondidos. A Turdo y Carietta —afirmó Denny sin dudar un instante.

—¡Cállate! ¡No bromees con eso! —gritó Rosemary visiblemente enfadada.

—Es cierto Denny. No nos burlemos de esto —dijo Peter mientras sus ojos buscaban los raíles del tren que ya parecían brillar a lo lejos como el agua del lago. Sobre las vías el aire parecía que se evaporaba, creando una cortina difusa y que se movía como el agua hirviendo, como el vapor.

—Mira quién habla. El que nos ha ocultado lo que hizo ayer. Encontrar a un cadáver a saber de quién —ladró Denny cuya reprimenda caló en los demás.

—¡Eso! —Joe parecía el tonto del grupo que miraba para donde soplaba el viento.

—No quise contarle antes porque el sheriff me lo prohibió. Tienen que investigar y no es bueno delatar nada hasta que se resuelva el caso —explicó Peter buscándole con la vista. Pero eso iba para todos. Había meneado la cabeza asentando la frase.

—Pero tú ya sabes que del grupo no saldrá nada —intervino Tommy. Su bicicleta rozó la de Rosemary quien se quejó con un bufido.

—Eso está por ver. Tú eres un bocazas —rezongó Peter.

Nunca lo habían visto así.

Continuaron empujando las bicicletas hasta las vías del tren. Peter comprobó que eran más de las tres en su reloj, por lo que el tren ya había pasado. Dejaron caer las bicicletas en el suelo y el chirrido del metal golpeándose se insinuó como un grito metálico.

Después, todos se sentaron sobre uno de los raíles que ardía como un tronco en llamas.

—Dime Peter. ¿Cómo fue la experiencia de encontrar un cadáver? —Denny estaba absorto antes de la respuesta.

—Ya lo dije. No era un cadáver. Era una mano.

—¿Y no había nada más?

—Sí. Todo.

—¿Entonces era un cadáver? ¿Le viste la cara? ¿Tenía los ojos abiertos?

—La cabeza es lo único que no encontraron.

Todos se quedaron boquiabiertos.

—¡Brutal! —exclamó Tommy tras respirar hondo.

Denny siguió preguntando:

—¿Puedes darnos más detalles?

—No voy a hablar más de eso —contestó Peter y pensó; tampoco os diré lo que vi. Aquellos aterradores ojos, pero joder, ya no he visto nada más. Bueno sí, miento, tenía barba rala y su cara estaba liada en una especie de bolsa. Estaba como deformado joder. Además, ¿ya dije lo de la cabeza?

Se quedaron en silencio.

Esperando.

29

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez Jack estaba sentado en el despacho de Aston, con los pies sobre la mesa. Su sonrisa ociosa le delataba. Se sentía como un niño en aquel lugar. En el otro lado de la mesa y no al revés como había sucedido siempre.

Descolgó el teléfono y dijo:

—Oficina del sheriff Aston dígame.

Sin más.

En el otro extremo de la comunicación empezó a hablar una voz muy particular. Demasiada reconocida para Jack. Era Gruber de nuevo y apenas hacia media hora que acababa de hablar con él.

—¿Ahora eres tú el nuevo sheriff? Sé reconocer una voz, estúpido.

Jack enarcó las cejas al tiempo que su corazón corrió gahnate arriba por querer escaparse de su pecho.

—Lo siento señor, pero en estos momentos soy el único agente de la autoridad que está disponible en esta comisaria.

—Bien. Era broma —dijo la voz ronca—. Quiero contarte mis últimos descubrimientos. Verás, recomponiendo todos los trozos que nos habéis enviado todos los inútiles del condado, he descubierto que el asesino utiliza una herramienta dentada. Una sierra. Esto lo he descubierto por el tipo de corte en los huesos y en la carne, que parece masticada. Y además he descubierto óxido. Ya sé que no es muy halagüeño escuchar estas cosas, pero a veces uno debe hacer de tripas a corazón y explicar las cosas como son.

Hubo una pausa. Esta vez sin chasquidos.

—Puedo encajar todo lo que me cuente —mintió Jack que había bajado los pies de lo alto de la mesa. Ahora sus jodidos pies estaban temblando sobre

el suelo.

—Bien, porque lo que te voy a decir, lo voy a hacer una sola vez. He visto, mejor dicho, he examinado los órganos genitales de los tres cuerpos y puedo decir que se trata de tres pequeñas niñas de muy corta edad. Sus vaginas no han sido alteradas, por lo que no ha habido penetración ni del pene ni de un dedo. El ano, tampoco ha sufrido rasgado alguno. Al parecer el asesino no le gusta abusar sexualmente de las niñas, pero disfruta considerablemente troceándolas y llevándose sus cabezas o quizá solo estén escondidas, no lo sé y la verdad, eso me importa ahora un carajo. Ya he determinado las causas de las muertes, y las tres murieron primero de asfixia. Después fueron troceadas y el muy capullo o la capulla, dejó restos orgánicos en todas las piezas rotas de esas niñas. Como saliva, pelos y algo de piel. Incluso he determinado un grupo sanguíneo diferente.

—¡Oh! Vaya informe —acució Jack con los ojos como platos. Llegó incluso a pensar que Gruber los tendría más abiertos y blancuzcos, pero no era así.

—Si vaya informe, pero esos restos no coinciden con los de ningún delincuente habitual. El destripador de los cojones es alguien que no ha estado fichado por la puta policía de todos los estados de América.

—Eso complica aún más las cosas, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—¿Y debo contárselo todo a mi superior?

—Creo que sí, porque seguramente si descubre que ha estado haciendo el imbécil dentro de su despacho todo este tiempo, le dará una patada en el culo y lo enviará a la luna, siendo usted el segundo hombre en pisarla.

Y después de esto se escuchó un tono entrecortado. La llamada había finalizado.

Jack se quedó atónito.

Esperaba un hasta luego o algo más de chicha, pero no era el momento oportuno ya que sentía ganas de vomitar. Dejó caer el auricular sobre la mesa y tras el sonoro clanc, se levantó y corrió hacia la puerta del lavabo a potar.

Descubrió que al pasar por el lado de la «otra» puerta, la pestilencia no se había ido del todo a pesar de la ventilación que había recibido durante toda la noche.

El sonoro vómito se escuchó hasta la puerta de la comisaria.

Por allí no pasaba nadie.

30

—Creo que es el momento de ir a través del bosque —dijo Denny mientras sus dedos limpiaban el culo de tierra.

—¡Si, vayamos al bosque! —exclamó Tommy ya con el culo sobre el sillín de su bicicleta. El sol seguía siendo pegajoso y sus poros estaban dilatados como grifos de agua abiertos. A pesar de que ya avanzaba la tarde, el jodido huevo del cielo seguía sorteando las mejores nubes que parecían una diminuta capa de niebla entre el dorado y el azul.

—Allí es más que probable que la encontremos —continuó hablando Denny. Sus ojos buscaron el rostro de Peter—. ¿Porque allí fue donde encontraste esa mano verdad Peter?

Peter se encogió de hombros.

Rosemary le puso su cálida mano sobre su chorreante espalda sin camiseta.

—¿Cuándo dejarás de torturar a Peter con ese hallazgo macabro? —increpó ella con el semblante serio.

Peter levantó la mirada.

—No pasa nada que me lo recordéis todo el día. No me ha traumatizado en lo más mínimo. Simplemente sucedió y ya está. —Peter se levantó y se sacudió el pantalón. Tenía la camiseta colgada laxa sobre su hombro derecho.

—Bueno, pues si no pasa nada. Vayamos al lugar donde empezó todo...

—Denny tergiversaba otra vez con la historia.

—Ahí no empezó todo. No sabemos de quien eran esos restos humanos y no sabemos nada de Carietta. No es justo tratar de equivocarse al grupo. — Peter una vez más y ocultando su secreto, parecía no saber utilizar las palabras correctas. Él lo llamaba; hacerse la picha un lío.

—Lo sabemos Peter. Dedicuémonos solo a buscar a Carietta —farfulló Rosemary. Parecía que todas las palabras eclipsaban sus ideas principales. Una única idea.

La de buscar a Carietta sana y salva.

—Sí. Dejemos todo eso a un lado y busquemos a Carietta —repitió Tommy con una sonrisa dibujada en su rostro. Hasta sus ojos brillaban a pesar de estar hambrientos y cansados. Y sobre todo, con mucha sed—. De un momento a otro nuestros padres podrían ir a la comisaría para denunciar nuestra desaparición.

Pero no estaban perdidos.

—Pues vayamos —dijo Denny levantando su bicicleta por el manillar. Tintineó un poco y se mantuvo recta hasta que la montó.

Vayamos y veréis que bien lo vamos a pasar todos juntos, pensó Peter, mientras se sentía algo mareado. Supo disimularlo bastante bien.

Y empezaron lo que sería el final de todo.

El intercomunicador carraspeó. Aston de forma instintiva giró la cabeza hacia ese lado. Hacia su hombro. Esta vez cogió el micrófono con la mano sudorosa y se lo llevó a la boca. Sus labios se movieron sin soltar escupitajos, al menos de momento.

—Sé que está ahí Jack —dijo con voz rasposa.

Bob el Grande giró la cabeza. Estaba alejado a unos cinco metros,

pero lo escuchó. Estaba atento a todo. Su hija no aparecía y Dan le daba ánimos de forma constante.

—Jefe, ha llamado Gruber de nuevo. ¿Vaya tío mal hablado no? Bueno, el caso es que me ha dado una lista de detalles que no voy a reproducir porque he tenido que ir al lavabo...

Aston le zanjó con una risotada.

Bob enarcó una ceja. Desconcertado.

—¿Te ha hablado de tripas? —Aston no era consciente de que todos le estaban escuchando ahora y la cara de Bob cambiaba de color muy rápido. Se detuvo a escuchar, pero el idiota del sheriff no se dio cuenta—. Porque si es así, es normal, ya que el trozo más grande cabía en la palma de mi mano, nunca mejor dicho. —Se refería a las manos seccionadas de la niña.

—Sí, me ha hablado de todo. Pero me quedo con una cosa. Dice que no han sido agredidas sexualmente. Ese no es el motivo. Gruber se inclina a un psicópata para saciar su sed. Es alguien que anda por ahí con una sierra oxidada.

—Es verdad, por la ladera estoy viendo a uno caminando —bromeó Aston ridiculizando sus labios.

—Perdona jefe, pero yo solo trataba de...

—¿Ha identificado a las víctimas?

—No. Creo que no. Bueno, en realidad no me ha dicho nada de las otras dos. De la nuestra, no ha objetado nada.

—¡Vaya!

—Pero ha dicho que ha encontrado restos orgánicos del asesino o asesina. Sin embargo, no coincide con ninguno de los delincuentes habituales. Aston, podría estar entre nosotros y ser un forastero.

El sheriff se quedó en silencio y no contestó al instante. Sus ojos miraron entre los troncos de los árboles y empezó a verlo todo borroso, signo de que estaba perdiendo la concentración.

—Estás haciendo un buen trabajo chico.

El micrófono regresó de nuevo a su hombro como si fuera un triunfo o una mascota apegada a la camisa, justo por encima de la chapa bronceada y al lado contrario del arma reglamentaria que colgaba inerte en su funda desde el cinturón.

Andrew se acercó a él y le preguntó:

—¿Era Jack?

—Sí.

—¿Y sabe algo ya de todo este asunto?

—Cuando yo sepa algo ya daré órdenes. Mientras tanto, sigue buscando como un loco y no me tutees.

Arnie soltó la risa floja.

Bob el Grande se dio la vuelta y siguió buscando. Se concentraba ahora en el lado de la carretera serpentina que bordeaba la montaña. Y a lo lejos vio brillar algo metálico, no una, sino varias.

—Señor sheriff. Por ahí viene algo. —Señaló con el dedo índice de proporciones considerables. Bob tenía hasta el corazón grande y la polla.

—Gracias. Alguien que me respeta —graznó Aston. Se puso la mano sobre sus cejas formando una visera y miró a lo lejos—. Creo que son unos chavales en bicicleta. Puedo verlos perfectamente. ¿Qué coño, hacen por este lugar?

—Si hubieras avisado al pueblo entero de lo que está pasando, no habría chiquillos por ahí haciendo el imbécil. ¿Qué será de ellos si ese loco está por aquí cerca? —Dan le estaba mirando con semblante serio.

—Ahora estamos nosotros aquí señor alcalde. Y no. No voy pregonándolo todo por ahí como una verdulera. Me gusta hacer mi trabajo con cautela.

—¡Ja!

—¿No me cree?

—Pues no.

Arnie no había acabado de dar el espectáculo con su incomprensible risa.

—¿Es mi hija? —inquirió Bob acercándose a donde estaban ellos.

—No lo creo —dijo Aston—. Pero en cuanto vean nuestros coches patrulla como un tiovivo al final de la carretera, seguro que subirán por aquí. Y la verdad es que con tanta pregunta y alguna que otra risa. —Miró de reojo a Arnie—. No hemos avanzado mucho que digamos.

—Jefe, solo queda uno de nuestros coches patrulla como dice. Jack se ha llevado el otro.

Aston lo miró fríamente. Mira que le había dado confianza hasta este momento y le había dejado pasar más de una, pero en esta ocasión se sintió herido.

—Tú solo hablas cuando yo te lo diga.

—Bueno. Dejémonos de tanta tontería. Avise a esos chicos para que se detengan y vengan aquí. Estarán más seguros si están a nuestro alcance —intervino el alcalde mientras hacía aspavientos.

—Está bien. Lo haré.

—Un disparo al aire bastará.

—¿Qué?

Dan lo miró de soslayo.

—¿Cómo piensa llamarlos? ¿Gritando? Estaría a punto de reventarse la garganta y seguro que no le escucharían. Hay demasiada distancia. Mis funcionarios son más eficientes que ustedes.

Aston cabeceó dos veces y mordiéndose la lengua empuñó su arma reglamentaria. Una Glock 17 fabricada en Austria con un cargador de balas de 9 mm. Vaya, no tenía la Beretta 92F. A Aston le chiflaban más las gafas de sol que se había olvidado en la comisaria que las armas de fuego.

Un estrépito asustó a los pájaros y las ramas de los árboles bailaron al

son de la onda expansiva, como si allí hubiera caído una bomba nuclear. Alguien debió pensar que había agujerado al propio sol, que ya estaba bien avanzada la tarde y se podía ver con mayor tamaño y más rojizo.

En la carretera, los chicos frenaron al instante y una nube de polvo se elevó por encima de sus hombros, y las bicicletas dejaron de brillar.

32

Las bicicletas se quedaron brillando en la distancia de la ladera. Ahora era un brillo casi dorado, no de plateado. Apenas se distinguían los colores de toda aquella chatarra. Peter Bray, Denny, Tommy, Joe y Rosemary habían subido por la cuesta sin apenas cerciorarse de que hacerlo en tan solo un minuto era toda una proeza.

Sin embargo, llegaron al lugar jadeando.

—¿Qué hacéis por aquí chicos? —preguntó el alcalde mientras éstos daban un último empujón a sus piernas cansadas. Peter se quedó el último y necesitaba de una mano extendida donde agarrarse y auparse como si lo hiciera sobre un caballo.

Estaba cansado, no, lo siguiente.

—¿Me puede ayudar señor alcalde?

—Sí, claro Peter. —El alcalde conocía bien a su padre. Con una mano se abrazó a un tronco y extendió la otra con los dedos estirados.

Peter la estrechó.

Y entonces sucedió algo.

Un ligero mareo le sobrevino a la vez que la oscuridad. Era como si una corriente de aire caliente lo empujara por un túnel totalmente oscuro. Como la muerte. Sin brillo en ninguna parte. Angustiosa. Entonces empujó dentro de él y se metió de lleno en la plena oscuridad que seguía reinando ya tres segundos o quizá más. El alcalde había cambiado la forma de mirar a

Peter pues creía que le sucedía algo. Quiso hablar, pero no lo hizo. Peter empezó a desvelar lo que había detrás de esa negrura y las imágenes parecían borrosas, como manchas de tinta, pero ya había luz por algunos huecos. Después escuchaba una voz que retumbaba en su cabeza.

Ven aquí niña. No tengas miedo. Voy a darte lo que necesitas.

Era una voz grave, que poco a poco se hacía limpia. También las imágenes. Eran las ramas de los árboles, verdes y rojizos. Algunas hojas caían inertes como los copos de nieve; sin vida. Y unos ojos lunáticos, insidiosos y a la vez espantosos le estaban mirando. Estaban muy abiertos

Carietta ven aquí.

Esa barba rala, pero la fisonomía de la cara era ahora más clara. La había visto alguna vez o quizá muchas veces. Todavía no estaba seguro. La imagen como si se difuminara por momentos, mostró unos labios arrugados cuyos dientes quedaban atrapados al otro extremo de estos.

Había odio en su mirada.

Carietta.

Peter había parpadeado y dijo:

—Usted vio a Carietta y la llamó.

Todos se quedaron de piedra. Desconcertados y a punto de saltar en una histeria de risa común.

—Peter. Estás traumatizado —acucio Dan—. Sé lo que es ver a alguien muerto a tu edad. El impacto psicológico es fatal y a veces recurre a tu cerebro mucho más tarde de lo que crees y entonces el miedo y la confusión te atrapan.

Aston estaba con un ojo puesto en Dan y otro en Peter.

¿Qué le hacía pensar que estaba delirando?

—Usted la cogió de la mano y se la metió al interior del coche. No había nadie en ese momento. Estaba sola en el jardín de su casa. —Peter estaba vomitando todo lo que veía a través de ese pequeño contacto, nexos que

le permitía usar su don para ver en el interior de los demás.

Peter tenía solo ocho años y estaba viviendo una experiencia muy desagradable.

Aston empezó a apretar los dientes sin saber por qué. Todos los demás estaban absortos en las palabras de Peter. Todos estaban alucinando. Mejor, estaban anonadados.

—Peter, estás delirando. ¿Cómo puedes decir esas cosas? —El alcalde lo atrajo hacia sí, hasta que el cuerpo de Peter chocó con su barriga.

No había soltado la mano todavía.

La tenía bien agarrada.

Vamos a dar un paseo Carietta.

—Se la llevó a dar un paseo en su coche. —Peter todavía aferrado a su mano siguió dando detalles de lo que todos ahora dudaban de que fuera real.

Dan sonrió levemente, pero sus ojos brillaron con la oscuridad. Los somorgujos hicieron ruido, el sol se apagaba por momentos y buscaba la montaña rocosa para descansar.

—Señor sheriff, le invito a que lleve a este pobre crío al médico. Está sufriendo una conmoción.

Vamos Carietta, sube por el bosque. Hay muchos conejos pequeños con los que podrás jugar.

Ahora Peter veía a Carietta corriendo sobre las hojas muertas. Riéndose y saltando. Su cara brillaba como el sol en la mañana. Su rostro era de un color bronceado. Los dedos del sol que conseguían abrirse paso entre las ramas de los árboles, dibujaban franjas doradas en su cara.

Y vio el maletero abierto y allí había una sierra. Oxidada. El corazón de Peter estaba galopando como un caballo desbocado y sudaba hasta la saciedad. Sus ojos, tan blancos como platos no se apartaban de los del alcalde que cada vez eran más oscuros.

—Se la llevó al bosque. Al lugar donde encontré su mano y usted tenía

una sierra en el maletero. Entonces tenía barba. Se ha afeitado.

Bob el Grande se adelantó dos pasos adelante. Él, estaba dispuesto a creer en todo, por muy extraño que pareciera.

—¿Cómo puedes saber eso Peter? —Le preguntó con los ojos lagrimosos. En cierta manera ya le estaba creyendo.

Aston se interpuso entre él y el alcalde.

Arnie había dejado de reírse como un idiota.

—Señor Bob, la mano que encontré era de su hija —dijo Peter temblequeando.

Bob empujó al sheriff con una sola mano y lo lanzó al suelo, cayéndose de culo sobre las hojas marchitadas. Sonó un golpe carnoso.

—¿Dices la verdad Peter?

—Sí, señor Bob. Aquella mano era de su hija. Carietta está muerta.

—¿Cómo has podido hacer algo así? Tu hija y la mía eran como hermanas...

—Lo sé Bob —le zanjó Dan y añadió—. Lo siento de veras, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

El alcalde no contestó.

Aston desde el suelo empezaba coger su arma reglamentaria con unos dedos temblorosos.

—Esto se pone feo...

Tommy, Joe, Denny y Rosemary estaban con la boca tan abierta que parecía que les había dado un infarto a tan temprana edad.

—¡Dan, te voy a matar! —Las manos de Bob se convirtieron en unas garras como espátulas e iban directamente al cuello de Dan cuando este atrapó al pequeño Peter y con el arte y la velocidad de un prestidigitador se sacó un revólver de la parte de atrás. Había estado allí durante todo ese tiempo,

ceñido entre su piel y el cinturón.

—¡Quieto! ¡Quieto Bob! O te juro que te mato. —El cañón oscuro del revolver estaba apuntando a la cabeza de Bob quien se había detenido como si una puerta de cristal le impidiese avanzar—. ¡Sí! Me la lleve y la maté. —Los ojos de Dan estaban inyectados en sangre y le salía espuma por la comisura. Se había convertido de repente en un perro rabioso—. La asfixie primero para que no sufriera.

—¡Dan! ¡Tira el arma! —Aston se había puesto de pie y estaba apuntándole con su arma. Sus ojos también estaban inyectados ahora.

Rosemary empezó a chillar como una descosida.

Arnie sacó su arma reglamentaria y lo mismo hizo Andrew.

—Tres contra uno, eso está bien, pero antes voy a llevarme por delante a este mocoso de mierda. —El cañón del arma se apoyó con fuerza sobre la cabeza de Peter que estaba temblando como una hoja.

—No te vas a llevar a nadie más Dan. ¡Tira el arma! Y si, somos tres apuntándote. Si disparas, él morirá, pero tú no te quedarás de rositas. Tu cabeza volara en pedazos por todas partes. Y ahora dime. ¿Por qué la mataste? ¿Dónde está su cabeza? ¿Has hecho lo mismo con una niña de Road Mill y otra de Dewinston?

—Aston, estoy enfermo. Me gustan mucho las niñas pequeñas. Son tan suaves al cortarlas. Las tres fueron parte de mi enfermedad. No tengo otra razón. Podría decirse que hay otro personaje en esta novela. No soy yo cuando hago estas cosas. Siempre tuve el irrefrenable deseo de descuartizar a esas criaturas. No soy yo cuando lo hago. Perdonadme.

—Tú lo que eres, es un puto asesino. Ahora mismo debería descargar el cargador en tu cabeza. Eres asqueroso. Nos has estado engañando y ocultando tu espantosa realidad todo este tiempo. ¿Hubo más, antes? ¿Hace años?

—No.

—Pues igualmente debería matarte ahora mismo. Tengo testigos y puedo apretar el gatillo y créeme no me temblará el pulso al apretarlo.

—Adelante pues.

Aquello parecía una tragicomedia.

Todos separándose cada vez más del alcalde, con ojos asombrosamente dilatados, excepto los agentes que seguían apuntando a su cabeza y Aston que se acercaba poco a poco.

—No dude que voy a hacerlo.

—¿Qué sucederá ahora con mi hija y mi mujer? —Dan estaba mostrando una personalidad realmente distinta. Era como mirar a dos tipos a la vez.

—Pues que cuando te encierren no irán nunca a visitarte y si te mato ahora, lo más probable es te escupan en la tumba.

—Entonces ya he decidido.

—¿Qué?

Dan se puso el cañón del arma en su sien y su dedo índice presionó el gatillo. El estampido asustó de nuevo a los pájaros y esta vez se añadió a la explosión el ruido de los huesos rotos de su cráneo que salieron despedidos como proyectiles hacia todos lados. La sangre se escupió en forma de ola y embadurnó el cuerpo de Peter y salpicó la camisa de Aston. La masa encefálica resbaló sobre su pómulo destrozado hasta el mentón para quedar colgando como un moco.

Peter se deshizo de él, o mejor dicho, la mano de Dan dejó de hacer presión y su cuerpo se derrumbó al suelo como un árbol talado. Cayó en su propio charco de sangre en un golpe seco.

Rosemary no había parado de gritar.

Un día después, tras declarar el último, Peter se sintió mejor de lo esperado, pero muy confuso con su nuevo don. En una mente todavía ignorante

llegó a pensar en la hermana de Denny; Ann, de la cual sentía cosquilleos por ella. Y había sonreído.

Mientras en la iglesia, el reverendo despedía con su amen a un difunto solitario, pues la iglesia estaba vacía; Peter trató de olvidarlo todo cuanto antes, aunque se preguntaba al igual que el sheriff; dónde estaba la cabeza de Carietta.

Y esperó y esperó.

Hasta el frío invierno de 2017.

FIN

Biografía de Claudio

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. Ya he publicado en Amazon "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "El hombre que caminaba solo", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El maldito callejón de Inglés", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Muerte en invierno", "Ojos que no se abren", "La mujer del secreto" y "Tú morirás". Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.

Sinopsis "El frío invierno" (Versión extendida)

El frío invierno no llegó a Boad Hill solo, con él, vinieron los asesinatos. El sheriff Burt no sabe qué hacer ante la primera víctima que encuentran sepultada bajo la nieve, pero pronto será una costumbre encontrar cadáveres de jóvenes chicas, de la escuela secundaria New Academy. El asesino pronto recibe el apodo de Jack pies de pluma ya que no deja ninguna huella. En un pueblo "aunque el sheriff diga que es una ciudad" donde nunca ha sucedido nada, todos son ahora sospechosos. Peter, un hombre que a sus más de treinta años de edad sigue viviendo con su padre, lucha por ser un escritor de éxito mientras está enamorado de Ann, la hermana de su mejor amigo Denny. John, el padre de Peter está preocupado por el futuro de su hijo y trata de quitarle de la cabeza su amor platónico. Un día Peter roza la mano de Ann y entra en un trance fugaz que le sumerge en la más absoluta oscuridad y después ve cómo Ann es maltratada por su marido, un sádico y violento hombre que posee dos caras. Mientras tanto, los asesinatos continúan y Peter se distancia de su amada Ann y su mejor amigo Denny. Un día, cuando el marido de Ann muere tras caerse por las escaleras de su casa, borracho, Peter corre hacia el entierro para ver a Ann notando algo extraño en ella. Le toca las manos y tras la oscuridad ve lo sucedido. Algo que tiene que ver con los asesinatos. El don de Peter para leer las mentes le permitirá un día de forma casual, descubrir al asesino. Todos le conocían a él. Pero solo Peter sabía quién era.

Sinopsis "Otoño lluvioso"

El sheriff Burt se ve mezclado de nuevo, en una serie de crímenes espantosos, que parecen ser obra de un imitador del asesino apodado Jack pies de pluma, quien dejó un reguero de chicas muertas en el frío invierno. Peter todavía distante de su amor platónico Ann, aunque recuperada la amistad de su hermano Denny, se ve involucrado otra vez en una espiral de asesinatos de chicas jóvenes de la escuela secundaria News Academy. Burt decide cerrar el centro, durante el otoño lluvioso, pero los cadáveres aparecen en cualquier parte. Peter esta vez no está solo. Ethan y Charlotte, pertenecientes al FBI, se unen a la investigación, pero se producen serios enfrentamientos contra Burt y Peter.

Peter ahora ve los recuerdos de las chicas muertas. Lo último que quedó grabado en sus retinas. Pero además descubre que puede ver más allá, con solo tocar un objeto, y lo que más le desconcierta, puede ver a través de los ojos del asesino, ayudado por las difuntas. Pero lejos de avanzar, ni uno ni otro consiguen dar un paso, al contrario, retroceden y se estacan.

Sin embargo, la última víctima y tras encontrar un botón que pertenece al asesino, toda la investigación da un giro. Con una precisión de relojería, deben llegar al final en una trepidante carrera que les llevará a un final inesperado para todos.

Sinopsis "La Primavera de Ann"

Peter tiene un sueño erótico y despierta chorreando sudor por todos los poros.

El sheriff Burt le llama comunicándole que han encontrado a una amiga de Ann asesinada, tirada sobre unas flores.

El cadáver presenta pocos signos de violencia y un único detalle, tiene el cuello cortado como el tallo de una flor. Sus ojos, abiertos, miran al cielo con la única esperanza de morir en paz.

En Boad Hill ha regresado de nuevo la pesadilla, pero esta vez no se trata de Jack pies de pluma, ni un imitador cualquiera. Esta vez hay demencia sobre los cadáveres que irán apareciendo a lo largo de toda la primavera de rosas, como la bautiza el sheriff Burt Duchamp, que una vez más recurre al poder de Peter para esclarecer las muertes. El "brillo" de Peter ve amor, locura y obsesión en cada asesinato.

El rostro del asesino -al principio- asesina, es el de Ann, su amada en secreto, pero que está ganando terreno en el arte difícil del amor. Sin embargo, él sabe que no puede ser ella. Por eso, no la nombra nunca. Cuando por fin están juntos, como amigos, le dice lo siguiente; sé lo que necesitas, y acto seguido; sé que no eres tú.

El don de Peter le juega ahora, malas pasadas, viéndose él mismo como el nuevo asesino ya que, tiene algunas prendas íntimas de todas las víctimas en los cajones de la mesita de su habitación.

La amistad con Denny crece y le llega a confesar que se vé a si mismo alzando un bisturí en línea recta al cuello de las jóvenes mujeres, más cerca de su edad que a las estudiantes de secundaria.

Burt no duda en apodar al asesino misterioso como el asesino del cúter

silencioso o el asesino del bisturí silencioso, pero ni él ni sus hombres, dan con ninguna pista. En Boad Hill todos se conocen y desde el inicio de la primavera de rosas, todos se miran de reojo.

Peter enloquece y sufre terribles dolores de cabeza al usar su don.

¿Quién es esta vez?